

Trabajo de Fin de Grado

La República de Weimar: orígenes y consolidación de la primera democracia alemana (1918-1923).

Autor:
Héctor Fernández Estaún

Director:
Julián Casanova Ruiz

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS. UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA
Año académico 2020/2021

ÍNDICE DE CONTENIDOS:

1. INTRODUCCIÓN y JUSTIFICACIÓN.....	3
2. METODOLOGÍA.....	5
3. LA REPÚBLICA DE WEIMAR (1918-1923).....	6
3.1. PRECEDENTES.....	6
3.2. LA “REVOLUCIÓN DE NOVIEMBRE”.....	10
3.3. CULTURAS DE VIOLENCIA	21
3.4. LA REPÚBLICA EN PELIGRO.....	27
3.5. 1923.....	39
4. CONCLUSIONES.....	43
5. BIBLIOGRAFÍA.....	47
6. ANEXOS.....	49
6.1. RESULTADOS ELECTORALES ENTRE 1918 Y 1924.....	49
6.2. GABINETES DE GOBIERNO ENTRE 1918 Y 1923.....	50
6.3. LA INFLACIÓN ENTRE 1919 Y 1923.....	51

1. INTRODUCCIÓN y JUSTIFICACIÓN.

El periodo de la historia alemana conocido como República de Weimar ha quedado en gran medida oscurecido por la historiografía que se ha ocupado de los años inmediatamente posteriores. La absorbente figura de Adolf Hitler ha actuado sobre muchos historiadores como el hilo conductor entre el legado de la Primera Guerra Mundial y el Tercer Reich, obviando que durante esos años se estableció en Alemania una de las democracias más avanzadas, si no la que más, de la época.

La República, “levantada sobre las cenizas de la derrota militar”¹, atravesó por tres etapas a lo largo de sus catorce años de existencia: unos primeros años de crisis y consolidación (1918-1923), marcados por el legado de la Gran Guerra y la violencia, seguidos de una fase de estabilidad político-económica y de florecimiento cultural (1924-1929) abruptamente finalizada por el *crack* de 1929. Este acontecimiento inauguró los tres últimos años de desintegración y destrucción del régimen republicano (1930-1933) que culminaron en el nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933.

La tesis que voy a defender con este Trabajo de Fin de Grado es la siguiente: cómo una de las repúblicas democráticas que surgieron en Europa a consecuencia de la derrota de las Potencias Centrales en la Primera Guerra Mundial (1914-1918) logró alcanzar una relativa estabilización a mediados de los años veinte tras superar múltiples desafíos, tanto internos como externos. ¿Por qué, de entre todas las repúblicas que surgieron en 1918, he decidido analizar el caso alemán? Porque, en el contexto que sucedió a la quiebra de los imperios, “la clave del futuro de la democracia en Europa, como sucedería a lo largo del siglo, radicaba en Alemania”². Teniendo esto en cuenta, he considerado oportuno centrar mi objeto de estudio en la fase inicial de la República de Weimar, es decir, en sus orígenes y afianzamiento, para lo cual indago en las causas que produjeron el colapso del Imperio Alemán proclamado por Bismarck en 1871 y analizo las circunstancias político-sociales del advenimiento de la República, dedicando especial atención al concepto historiográfico de “revolución”, pues resulta evidente, y así lo recoge la historiografía que he manejado, que una parte importante de las estructuras de época guillermina se mantuvo inalterada.

¹ CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa. 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2011. Pág. 99.

² MAZOWER, Mark, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Ediciones B, Barcelona, 2001. Pág. 21.

La transición de la monarquía de los Hohenzollern a la república parlamentaria vino dada por un contexto bélico de profunda alteración del orden y, en ese sentido, dedicaré un espacio a describir el impacto de la derrota en la Alemania de posguerra y, especialmente, al legado más perceptible de la guerra: el Tratado de Versalles. A continuación, me centraré en los años de lucha por la configuración política de la nueva República, amenazada tanto por las fuerzas revolucionarias de la izquierda, como por la contrarrevolución reaccionaria. Fueron años en los que la violencia se adueñó de la vida cotidiana y del acontecer político en Alemania, contribuyendo enormemente a desestabilizar la situación interna. Por ello, analizaré separadamente las culturas de la violencia que florecieron en Alemania y, en general, en la Europa de entreguerras. El último apartado lo dedicaré a la culminación de la crisis de posguerra, alcanzada en 1923. En este año se combinaron la crisis diplomática con Francia, una profunda crisis económica inflacionista y los episodios crónicos de violencia política.

Una vez superada la crisis de 1923, la república entró en una fase de estabilización que se extendió a lo largo de los años veinte, estimulada por la llegada de capitales norteamericanos y plenamente reintegrada en el concierto internacional de las potencias. Sin embargo, la conmoción que sacudió al mundo con motivo del *crack* de 1929 se hizo notar especialmente en Alemania, que entró nuevamente en una situación crítica. Ante la ineficacia de los partidos tradicionales, las élites dominantes y gran parte del electorado alemán se inclinaron por soluciones autoritarias ligadas al ejercicio personalista del poder. En enero de 1933, Adolf Hitler, líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, fue nombrado canciller por designación del presidente Paul von Hindenburg. En apenas unos meses, Hitler dismanteló el sistema republicano-democrático de Weimar, estableció una dictadura fascista y desató una brutal represión contra los símbolos y personalidades de la recién destruida república.

2. METODOLOGÍA.

En cuanto a la metodología empleada en este TFG, he recurrido como fuente principal a obras historiográficas referidas concretamente al periodo de la República de Weimar y publicadas en el original en alemán (Kolb, Peukert, Kühnl, Mai...). Estas obras me han proporcionado una visión contrastada y sólidamente argumentada acerca de mi objeto de estudio. También he utilizado obras clásicas de referencia que, aunque centradas en la Alemania nazi, incluyen interesantes puntos de vista acerca de los años de Weimar (Kershaw, Evans, Collotti...), sin presentarlos como un mero prólogo al ascenso de Hitler. Por último, las obras de Julián Casanova, Robert Gerwarth y Enzo Traverso me han proporcionado un valioso contexto general en el que situar a la República de Weimar, especialmente en lo concerniente al legado y a las consecuencias de la Primera Guerra Mundial en Europa. En esta combinación de fuentes específicas, algunas en alemán, con otras más generales, he analizado los fenómenos más relevantes del período 1918-1923 para el caso alemán y me he esforzado por transmitir con precisión y fidelidad los argumentos de los diferentes autores, contrastando distintos puntos de vista historiográficos en aspectos clave como por ejemplo el carácter “revolucionario” del mes de noviembre de 1918 o la importancia histórica del año 1923 como cierre del período posbélico en Alemania y en el contexto europeo.

3. LA REPÚBLICA DE WEIMAR (1918-1923):

3.1. PRECEDENTES: EL IMPERIO ALEMÁN Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL.

Como señalaba Reinhard Kühnl, desde la consolidación del reino de Prusia en el siglo XVIII, en Alemania “no se había producido ninguna quiebra sino una continuidad ininterrumpida del Estado autoritario del absolutismo hasta la misma Guerra Mundial”³. En realidad, en Europa solo Gran Bretaña y Francia disfrutaban de una arraigada cultura democrática y cívica antes de 1914. El resto del continente estaba en su mayor parte dominado por los extensos imperios autocráticos de los Hohenzollern, los Habsburgo y los Romanov, cuya solidez y perdurabilidad nadie ponía en duda antes de agosto de 1914.

Sin embargo, el estallido de la Primera Guerra Mundial, que alimentó el patriotismo alemán bajo la idea de la “comunidad nacional” o *Volksgemeinschaft* y de la que se esperaban obtener grandes beneficios territoriales, aceleró “la franca declaración de crisis que serpenteaba desde hacía tiempo dentro del imperio guillermino”⁴. Esta crisis latente tenía su causa fundamental en la inadaptación de las viejas instituciones imperiales a una nueva realidad socio-económica caracterizada por la rápida industrialización alemana desde fines del XIX y el consiguiente crecimiento de la clase obrera. De hecho, en 1914 Alemania se había convertido en la mayor potencia económica de la Europa continental, y de ahí que se diese tal contradicción dentro de “un país avanzado que al mismo tiempo conservaba un estado semiautoritario y anquilosado en el antiguo régimen”⁵.

En cualquier caso, ni la clase obrera ni los partidos se habían opuesto enérgicamente a la empresa bélica. La primera había demostrado su incapacidad de movilización ante la inminencia del conflicto, mientras que el Partido Socialdemócrata (SPD) había roto con la idea de obrerismo internacional al votar en bloque con el resto de partidos a favor de la aprobación de los créditos de guerra. El SPD, a pesar de emplear una retórica marxista que apelaba directamente a la clase obrera, había abandonado hacía tiempo la idea de una revolución social y había optado por una estrategia reformista dentro de los límites legales

³ KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar: establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1991. Pág. 19.

⁴ COLLOTTI, Enzo, *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*, Alianza, Madrid, 1972. Pág. 8.

⁵ MANN, Michael, *Fascistas*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2006. Pág. 155.

como forma de mejorar gradualmente las condiciones de los trabajadores. Era, por lo tanto, un partido plenamente integrado en la monarquía constitucional.

Pero la *Burgfrieden* de 1914, como se conoció a aquella “paz social” consensuada en aras a sustentar el esfuerzo bélico, pronto se resquebrajó. Desde finales de 1917 empezaron a manifestarse síntomas de agotamiento en el frente interior y entre los soldados. En ese año se formó un “Comité Mixto” en el *Reichstag* que aglutinaba a diputados del SPD, del Partido Progresista Popular y del Partido del Centro que abogaban por llegar a un acuerdo de paz justo con los Aliados. Por su parte, las huelgas de 1917 y 1918 fueron la expresión popular de la protesta en contra de los sacrificios derivados de la guerra a que se estaba sometiendo a la población en la retaguardia. Además, en el contexto internacional tuvo lugar la Revolución Rusa de 1917, cuyo éxito demostró al mundo que un régimen autoritario podía ser derrocado, algo que no había vivido Europa desde 1789.

El Alto Mando Alemán, dirigido por los generales Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff, y con poderes absolutos desde 1916, era consciente de la necesidad de obtener una victoria rápida. Confiado por la firma del ventajoso tratado de Brest-Litovsk en marzo de 1918 con la Rusia soviética, Ludendorff planeó una ambiciosa ofensiva en la primavera de 1918 en el frente occidental que concluyó con un rotundo fracaso estratégico así como con un elevado e irremplazable coste en vidas humanas: a mediados del verano de 1918, el ejército alemán estaba diezmado y desmoralizado y era incapaz de contener la contraofensiva aliada, reforzada por la intervención de tropas estadounidenses. Una situación similar afectaba a los ejércitos de los aliados centroeuropeos de Alemania, Austria-Hungría y Bulgaria, que, sobrepasados, solicitaron sendos armisticios el 14 y el 29 de septiembre. En Alemania, “solo cuando se vieron acorralados, los despóticos generales que durante dos años habían estado al frente de la dictadura militar [...] iniciaron un proceso de democratización” ⁶.

¿A qué propósito respondía esta maniobra “democratizadora” por parte del Alto Mando? El 29 de septiembre, Ludendorff se reunió con el káiser Guillermo II y le comunicó la situación crítica del ejército alemán. Ante la cercanía e inevitabilidad de la derrota, que había sido totalmente ocultada a la opinión pública alemana, Ludendorff convenció al káiser de la conveniencia de iniciar un “proceso de democratización

⁶ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009. Pág. 27.

totalmente cínico”⁷ cuyo objetivo final era tener más posibilidades de conseguir unas condiciones de paz ventajosas según el compromiso de paz sin vencedores ni vencidos del presidente Wilson (el llamado programa de los Catorce Puntos). Por otro lado, “si [estas condiciones] no eran tan aceptables, [...] la carga recaería sobre los políticos democráticos del país y no sobre el Káiser y la jefatura del Ejército”⁸. Al nuevo gobierno, que debía parecer a ojos de los Aliados como legítimo representante del pueblo alemán, le correspondería negociar el armisticio, liberando así de toda responsabilidad a los verdaderos culpables de la guerra y la derrota.

Así pues, el 3 de octubre de 1918 se constituyó un nuevo gobierno presidido por el príncipe liberal Maximilian von Baden como canciller y apoyado por aquellos partidos que disfrutaban de mayoría en el Reichstag y que eran los mismos que habían abogado por la paz en 1917, es decir, Partido Socialdemócrata, Partido Popular Progresista y Partido de Centro. En el mismo día de su investidura, el nuevo canciller se puso en contacto con el presidente Wilson para negociar la paz sobre la base de los Catorce Puntos. “Este reconocimiento abierto de la derrota cayó sobre la desprevenida opinión pública alemana como una bomba”⁹, de tal forma que el movimiento popular por la paz se extendió rápidamente entre una población agotada tras cuatro años de guerra.

En Alemania no existía un movimiento republicano arraigado y “ni siquiera el SPD contemplaba la disolución de la monarquía por una república como un [...] objetivo prioritario de su programa político”¹⁰. Sin embargo, las tensiones acumuladas durante la guerra erosionaron la legitimidad de un régimen imperial que había alimentado grandes esperanzas y que había contraído enormes responsabilidades como consecuencia del carácter de “guerra total” de la Primera Guerra Mundial. Cuando la creencia en la victoria se desvaneció, afloraron “las tensiones internas entre los grupos militares y conservadores [...] y una amplia movilización por la paz”¹¹. Incentivada por las exigencias de Wilson de tratar con los verdaderos representantes del pueblo alemán, la protesta popular, en un principio de carácter exclusivamente económico y antibelicista, adoptó a lo largo del mes de octubre un cariz político que, ahora sí, exigía la abdicación del káiser Guillermo, cuya

⁷ GERWARTH, Robert, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017. Pág. 86.

⁸ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005. Pág. 93.

⁹ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*, Oldenbourg Verlag, Múnich, 1984. Pág. 4. Traducción propia.

¹⁰ Ibid., Pág. 1. Traducción propia.

¹¹ CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa...* Pág. 90.

figura era vista como el principal obstáculo para lograr la tan ansiada paz. Las tímidas reformas constitucionales aprobadas por el gabinete del canciller von Baden resultaban insuficientes a ojos tanto de los aliados como de la amplia mayoría de los alemanes, partidarios de un auténtico cambio político y social.

La chispa que inició la revolución fue el comunicado emitido por el Alto Mando Naval el 24 de octubre en el que se ordenaba la salida de la flota alemana con el fin de desafiar a la *Royal Navy* en una última batalla sin cuartel. Lo que para los oficiales alemanes era una cuestión de honor, para los marineros era una misión suicida carente de sentido en un momento en que la derrota era ya inevitable. El honor, rasgo fundamental en todo ejército, lo era especialmente en el caso alemán. Como ya había indicado el conde de Mirabeau en el siglo XVIII, “todos los Estados disponían de un Ejército, pero en el caso de Prusia era el Ejército quien disponía de un Estado” ¹². El tradicional militarismo alemán, cuya influencia fue primordial durante la República de Weimar, se manifestaba ya en octubre de 1918 obstaculizando las negociaciones de paz dirigidas por el poder civil.

En este contexto, los marineros acantonados en las ciudades portuarias de Wilhelmshaven y de Kiel se negaron a obedecer las órdenes de sus superiores. Tras breves enfrentamientos entre marineros amotinados y tropas leales al káiser, los oficiales fueron finalmente desarmados y se constituyó un Consejo de Soldados (*Soldatenrat*). Al atardecer del 4 de noviembre, Kiel estaba en manos de los insurrectos: se iniciaba así la primera fase de la revolución alemana.

¹² KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 76.

3.2. LA “REVOLUCIÓN DE NOVIEMBRE”: CONTINUIDAD Y RUPTURA

El ejemplo de los marineros de Kiel y Wilhelmshaven se extendió rápidamente al interior de Alemania, constituyéndose en las principales ciudades consejos de soldados y de obreros (*Soldaten- und Arbeiterräte*) al estilo de los sóviets rusos de 1917. El antiguo orden se derrumbaba por doquier sin oponer resistencia, y sus primeras “víctimas” fueron las casas reales que aún gobernaban en los estados alemanes. El 7 de noviembre era depuesto Luis III, último rey de aquella dinastía, los Wittelsbach, que había gobernado durante más de setecientos años en Baviera, y al día siguiente el periodista Kurt Eisner proclamaba Estado Libre Bávaro (*Freistaat Bayern*). Para el 9 de noviembre, solo permanecía en su trono el emperador y rey de Prusia Guillermo II, que se encontraba en ese momento en el cuartel general del ejército alemán en la ciudad belga de Spa.

Fueron “el desastre militar y el hastío generalizado de la guerra [los que] crearon las condiciones para una revolución. No fue la revolución [...] la que provocó la derrota”¹³. Si bien el propio Alto Mando Alemán había reconocido la derrota más de un mes antes de la Revolución de Noviembre, no tardó en extenderse la leyenda, en gran medida difundida por Ludendorff, de que el ejército alemán invicto en el campo de batalla había sido *apuñalado por la espalda* por los elementos revolucionarios en el frente interior, contribuyendo de esta forma a vilipendiar al nuevo régimen. En cualquier caso, la Revolución de Noviembre no respondía a los planes de grupos de conspiradores que, como los bolcheviques en Rusia, pretendían hacerse con el poder, sino que, más bien, “la Revolución Alemana [...] fue un hecho confuso, espontáneo y descoordinado que surgió [...] de un descontento generalizado y una protesta popular creciente”¹⁴.

El movimiento de consejos (*Rätebewegung*) que se extendió por las ciudades alemanas no tenía el propósito de adueñarse del poder político, sino que la mayoría de sus miembros eran partidarios de la democracia parlamentaria y estaban a la expectativa de las instrucciones que dictasen los dos principales partidos obreros, el MSPD y el USPD (en 1917 el SPD se escindió y dio lugar al Partido Socialdemócrata Independiente o USPD, que era contrario a la guerra). Aunque la Rusia zarista y la Alemania imperial eran regímenes autocráticos, la situación socioeconómica en cada país distaba mucho de ser similar, y de ahí que “entre la mayoría de la clase trabajadora se asumía de forma

¹³ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 88.

¹⁴ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 171.

generalizada que se podía conseguir más a través de las reformas que de una revolución” al estilo bolchevique ¹⁵. Aspectos como una consolidada estructura industrial o el reconocimiento del sufragio universal masculino en la Constitución de 1871 hacían que “la sociedad alemana fuera [en comparación con la rusa] demasiado «avanzada» para una revolución del tipo clásico o al estilo bolchevique” ¹⁶.

Los consejos no eran, pues, expresión de un movimiento de extrema izquierda: los grupos más radicales, como los espartaquistas en torno a Liebknecht y Luxemburgo, prácticamente carecían de influencia en el movimiento de los consejos. Casi todos los representantes de las masas movilizadas deseaban un cambio político en el sentido de una democratización, no de una dictadura del proletariado, pero “a la vez exigían [...] una reforma radical del orden social existente” que pasara por la “democratización de la administración, una remodelación sustancial del ordenamiento militar y la socialización de la industria” ¹⁷. La mayoría de los alemanes exigía no solo un cambio en las bases del poder político sino también en las relaciones sociales y económicas establecidas.

En Berlín, las intensas movilizaciones populares en las calles llevaron al canciller von Baden al convencimiento de que la abdicación del káiser Guillermo era necesaria para salvar a la corona y, en último término, para evitar la revolución social. El káiser se resistía a abdicar y planeaba marchar con tropas leales sobre Berlín, pero carecía de apoyos reales entre un ejército desmoralizado. Hacia mediodía del 9 de noviembre, el canciller hizo pública por propia iniciativa la abdicación del káiser, que huyó a Bélgica, e inmediatamente traspasó el cargo de canciller a Friedrich Ebert, líder del Partido Socialdemócrata de la Mayoría.

Ebert era el “típico pragmático de la segunda generación de dirigentes socialdemócratas, que aceptaba la ideología marxista del partido pero concentraba sus esfuerzos en la mejora progresiva del nivel de vida de la clase obrera” ¹⁸. Para Ebert y para la dirección de la socialdemocracia “la necesidad de mantener el orden, la continuidad en la administración del Estado, resultaba fundamental” ¹⁹. Completamente contrario a una subversión del orden, Ebert pretendía canalizar y moderar las energías revolucionarias mediante la convocatoria de una Asamblea Nacional, que sería la

¹⁵ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 133.

¹⁶ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic. The crisis of classical modernity*, Hill and Wang, Nueva York, 1992. Pág. 51. Traducción propia.

¹⁷ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág 157. Traducción propia.

¹⁸ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 113.

¹⁹ CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa...* Pág. 93.

encargada de discutir la forma política por la que habría de regirse Alemania. No sería ni el pueblo, ni los consejos ni un individuo en particular quien determinase el futuro de Alemania, sino los representantes democráticamente elegidos por los alemanes. De ahí que la precipitada proclamación de la República el mismo día 9 de noviembre por su colega socialista Philipp Scheidemann desde un balcón del Reichstag fuese vista con desagrado por Ebert.

El objetivo prioritario de Ebert en estos primeros momentos era “poner fin a la guerra lo antes posible, y conseguir que las tropas regresaran a casa sin que se produjera una guerra civil”²⁰. El 11 de noviembre, la delegación alemana encabezada por el político de Centro Matthias Erzberger firmaba el armisticio en un vagón de tren en el bosque francés de Compiègne. La estrategia de Ludendorff había tenido éxito: ningún representante militar del Alto Mando Alemán, verdadero responsable de la guerra y de la derrota, estuvo presente en el acto, sino que correspondió a los partidos políticos “negociar” unas duras condiciones que ya habían sido tomadas de antemano por los aliados. Teniendo en cuenta que la esperanza en la victoria había imperado hasta el último momento, “nadie estaba preparado para las condiciones de paz que Alemania se vio obligada a aceptar en el armisticio del 11 de noviembre”²¹. Alemania se comprometía a evacuar a todas sus tropas del frente occidental y a entregar grandes cantidades de armamento. Además, Francia ocupó la región de Alsacia y Lorena y la orilla izquierda del Rin, mientras que Gran Bretaña mantenía el bloqueo naval a Alemania como forma de presión.

Si bien la transición de octubre “desde una monarquía constitucional a una monarquía parlamentaria no había sido simplemente improvisada, sino organizada por importantes fuerzas políticas”²², en noviembre la situación era totalmente distinta, ya que ninguno de los partidos políticos “disponía de una estrategia sobre cómo superar la aguda crisis social y política que había estallado a finales de octubre”²³. Nadie, ni siquiera los más radicales, habría podido imaginar que el régimen imperial fuese a colapsar de tal manera. En las semanas que siguieron al hundimiento del *Kaiserreich*, la iniciativa política recayó sobre los partidos de izquierdas, concretamente los socialdemócratas, que ocuparon el vacío de poder dejado por las autoridades del viejo orden. El nuevo canciller Ebert, más proclive en un principio a colaborar con los partidos burgueses, abandonó esta idea ante la intensa

²⁰ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 91.

²¹ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Págs. 92-93.

²² KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 2. Traducción propia.

²³ Ibid. Pág. 9. Traducción propia.

presión popular en las calles de Berlín, y contactó con los líderes del USPD con el fin de aglutinar en el nuevo gobierno a todo el movimiento obrero: el 10 de noviembre se constituyó bajo el nombre de “Consejo de Delegados del Pueblo” (*Rat der Volksbeauftragten*) el gobierno provisional. Su composición paritaria (tres miembros del MSPD y otros tres del USPD) parecía escenificar la reunificación del movimiento socialista que se había escindido durante la guerra. Paralelamente, el Consejo de Obreros y Soldados de Berlín eligió a un “Consejo Ejecutivo” (*Vollzugsrat*) cuya finalidad sería la de controlar y ejercer de contrapeso del gobierno provisional. Al contrario que en la Revolución Rusa, en Alemania no se llegó a dar una situación de diarquía (*dvoevlastie*) entre el gobierno provisional y el Sóviet o “Consejo Ejecutivo”, sino que aquel se impuso desde un primer momento.

A pesar de las grandes esperanzas depositadas en el nuevo gobierno, las diferencias entre ambas alas del movimiento socialista no tardaron en salir a la luz. El Consejo de Delegados, como órgano surgido espontáneamente de la revolución, estaba marcado por profundas contradicciones ideológicas entre los líderes del MSPD, partidarios de colaborar con las élites dirigentes del imperio para garantizar el orden postbélico y para quienes el clima revolucionario era “superfluo y perjudicial” ²⁴, y el USPD, cuya ala izquierda apelaba a la ruptura con el viejo orden y a la introducción inmediata de reformas en las estructuras sociales y económicas. El grupo más radical dentro del USPD lo constituía la Liga Espartaquista en torno a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Estos se oponían totalmente a la idea de una Asamblea Nacional; su objetivo era el traspaso del poder a los consejos y la instauración de una Alemania soviética en alianza con Rusia. A pesar de su carácter minoritario y de su escaso predicamento entre la clase obrera alemana, los espartaquistas fueron percibidos como una peligrosa y desestabilizadora amenaza de carácter bolchevique por los socialdemócratas moderados y los partidos burgueses.

Era predecible, sin embargo, que “los radicales aumentarían su influencia en el caso de que se ampliase la brecha entre las aspiraciones socialistas de los *Räte* (consejos) y el sobrio pragmatismo de la socialdemocracia” ²⁵. Y así fue: no se hizo nada desde instancias gubernamentales por satisfacer las demandas populares de socialización, pues “los líderes de la revolución decidieron no ir más allá de apelar a la redacción de una constitución por

²⁴ Ibid. Pág. 11. Traducción propia.

²⁵ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 28. Traducción propia.

parte de la Asamblea Nacional”²⁶. Dos de los sectores más reaccionarios y que más habían apoyado la empresa bélica de 1914, el ejército y la gran industria, permanecieron inalterados. El día 10 de noviembre, Ebert y el general Wilhelm Groener, sucesor de Ludendorff en el Alto Mando Alemán, llegaron a un acuerdo sobre la base del mantenimiento del orden en el interior y de la consecución de una desmovilización pacífica. A cambio de obtener del ejército una declaración de lealtad y de apoyo frente a potenciales amenazas revolucionarias, Ebert le garantizó a Groener la continuidad del cuerpo de oficiales y la preservación de la cadena de mando militar. Por otro lado, el 15 de noviembre se llegó a un acuerdo entre la patronal y los sindicatos conocido por los apellidos de sus respectivos firmantes como Acuerdo Stinnes-Legien. A cambio de la concesión de mejoras largo tiempo perseguidas por el movimiento obrero (el reconocimiento de los sindicatos como legítimos representantes de los intereses colectivos, la introducción de la jornada de ocho horas, etc.), los grandes capitalistas se aseguraron la renuncia a cualquier intento de socialización de los medios de producción por parte de los trabajadores.

“Así pues, el cambio negociado, y no la agitación violenta, fue el sello distintivo de la fase inicial de la revolución alemana de noviembre de 1918”²⁷. Con todo, los pactos Ebert-Groener y Stinnes-Legien incrementaron la desconfianza entre el MSPD y el sector más izquierdista del USPD. En último término, la estrategia política seguida por el MSPD en estos primeros momentos, que priorizaba la continuidad y el orden, “permitió que las fuerzas de la reacción, que habían estado durante un breve período desorganizadas, se reagrupasen”²⁸. La colaboración de estas con los socialdemócratas no implicaba su adhesión incondicional al nuevo régimen, sino que se trataba más bien de “un abrazo que fue sólo temporal”, en tanto que lo que ambas partes pretendían era evitar una explosión bolchevique²⁹.

Entre el 16 y el 21 de diciembre se reunieron por primera vez en Berlín representantes de todos los consejos alemanes de obreros y soldados en el “Congreso Nacional de Consejos” (*Reichsrätekongress*). Más de la mitad de los delegados eran simpatizantes del MSPD, por lo que cuando se sometió a votación el futuro político de Alemania, se impuso por mayoría la propuesta de una democracia parlamentaria frente al modelo de los

²⁶ Ibid. Pág. 31. Traducción propia.

²⁷ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 135.

²⁸ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 172.

²⁹ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar...* Pág. 42.

consejos propugnado por los minoritarios radicales de izquierda. A continuación se fijó la fecha para las elecciones en el 19 de enero de 1919. Esta postura abiertamente democrática del Congreso iba en línea con la idea de convocar una Asamblea Nacional que habían defendido los socialdemócratas desde el principio. Sin embargo, el Congreso aprobó otras decisiones que, sin ser incompatibles con la democracia, iban dirigidas a una reforma estructural de la sociedad, como eran la socialización de la industria o la democratización del ejército (los llamados “Puntos de Hamburgo”). “Detrás de estas exigencias podía apreciarse un vago programa acerca del cual había un amplio consenso dentro del movimiento de masas democrático de aquellas semanas”³⁰. Pero los dirigentes del MSPD ni estaban dispuestos ni se sentían legitimados para tomar medidas que afectasen a la médula espinal del ordenamiento social y económico.

Las diferencias en torno a la futura organización política y social de Alemania aumentaron a finales de diciembre. La ruptura definitiva entre ambos socios de gobierno, enfrentados ideológicamente desde 1917, se aceleró como consecuencia de la “Batalla de Navidad” (*Weihnachtskampf*) que tuvo lugar entre el 23 y el 24 de diciembre de 1919. El conflicto estalló a raíz de que el comandante militar de Berlín y miembro del MSPD, Otto Wels, exigió la disolución de la “División Naval del Pueblo” (*Volksmarinedivision*), una unidad de combate formada por marineros rebeldes que se habían acantonado en el Palacio Imperial de Berlín durante los primeros días de la revolución. Ante tal orden, los marineros se opusieron y tomaron como rehén a Wels. La reacción inmediata de Ebert fue la de solicitar el apoyo del ejército, sin consultar la decisión con sus socios del USPD. Con la intervención del ejército se dieron por primera vez episodios de violencia en la Alemania de “posguerra”: en pleno centro de Berlín se desató una auténtica batalla campal entre tropas regulares de la División de Fusileros de la Caballería de la Guardia (*Garde-Kavallerie-Schützen-Division*) y los marineros rebeldes. La consecuencia política fue la salida de los tres miembros del USPD del Consejo de Delegados del Pueblo el 29 de diciembre, por lo que este quedaba exclusivamente ocupado por miembros del MSPD. “El movimiento socialista, separado por la guerra, no se iba a unir con la paz, en un momento decisivo para la sociedad alemana”³¹.

Fue entonces, a finales de 1918, cuando se organizó por vez primera la extrema izquierda en un partido independiente. La Liga Espartaquista, fundada en 1916 y dirigida

³⁰ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 15. Traducción propia.

³¹ CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa...* Pág. 95.

por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, había conformado hasta entonces el ala más radical del USPD. El 1 de enero de 1919, los espartaquistas y otros pequeños grupos de izquierda se unieron para formar el Partido Comunista Alemán (KPD). Su propósito era imitar a los bolcheviques rusos, forzar una “segunda revolución” y hacer realidad la consigna *Alle Macht den Räten* (“Todo el poder a los consejos”). La ocasión se presentó con motivo de la manifestación convocada por el USPD para el 5 de enero contra el gobierno de Ebert. El día anterior había sido destituido Emil Eichhorn, jefe de policía de Berlín y miembro del USPD, por su supuesta complicidad con los marinos rebeldes durante la Batalla de Navidad. El recién fundado KPD se adhirió a la convocatoria, que se radicalizó cuando grupos de manifestantes ocuparon de forma espontánea varios edificios en el barrio de prensa berlinés, entre ellos la sede del periódico socialdemócrata *Vorwärts* (Adelante). “El levantamiento de enero de 1919 [...] no tenía un plan estratégico claro, ni amplios apoyos sociales, y era más bien el reflejo de la ruptura profunda” dentro del movimiento obrero, una ruptura que se remontaba a los años de la guerra y que se había agrandado progresivamente en los meses de noviembre y diciembre³².

A pesar del reducido número de individuos implicado en el llamado “Levantamiento Espartaquista” (*Spartakusaufstand*), “Ebert estaba decidido a evitar que se repitieran en Berlín los sucesos de Petrogrado, por la fuerza si era necesario”³³. Confió la represión a Gustav Noske, responsable del Ejército en el Consejo de Delegados del Pueblo. Para ello, este contó no solo con el apoyo de tropas regulares en virtud del acuerdo Ebert-Groener, sino que también recurrió a los “Cuerpos Libres” o *Freikorps*. Los *Freikorps* eran unidades paramilitares de voluntarios formadas por ex combatientes, oficiales veteranos y jóvenes estudiantes que compartían una ideología ultranacionalista y un profundo odio a la Revolución de Noviembre. “Tanto por sus métodos de lucha, como por la imagen que tenían del enemigo, y por su ideología, estos grupos representaban ya una forma temprana del fascismo”³⁴. La desintegración de los Imperios Centrales, el rechazo por parte de individuos armados a aceptar la derrota en la guerra y el miedo, real o imaginario, a una extensión de la revolución bolchevique motivaron el surgimiento de estas asociaciones de paramilitares a lo largo y ancho de Europa Central y Oriental.

³² Ibid. Pág. 96.

³³ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 150.

³⁴ KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 29.

“Los Freikorps habían sido solicitados por los políticos republicanos, pero su actitud para con la República era de indiferencia en el mejor de los casos. La mayoría despreciaba y odiaba a la República” ³⁵. Para muchos de ellos, la “república de la vergüenza” estaba controlada por los “criminales de Noviembre”, judíos y socialistas, que habían “apuñalado por la espalda” al invicto ejército alemán. La colaboración entre el gobierno y los *Freikorps* se basaba exclusivamente en su sentimiento compartido de anticomunismo, y no en la fidelidad de los segundos al régimen republicano. A largo plazo, esta decisión de los socialdemócratas moderados legitimó y sentó un precedente de violencia contra el adversario político, pues el gobierno dio a los *Freikorps* la oportunidad de hacer realidad sus fantasías violentas contra el “enemigo interior”. Ese fue el caso de la *Garde-Kavallerie-Schützen-Division*, que había sido humillada en la Batalla de Navidad y ahora vio llegado el momento de “ajustar cuentas”. Una vez reprimido el levantamiento en Berlín (5-12 enero), un grupo de paramilitares bajo las órdenes del capitán de la mencionada división, Waldemar Pabst, capturaron a ambos líderes espartaquistas y los asesinaron. “El asesinato de los líderes espartaquistas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg el 15 de enero fue el sellado simbólico de la desastrosa fisura que existía dentro del movimiento obrero” ³⁶. El sentimiento de repulsa por su asesinato desató protestas y fue común a muchos alemanes, no solo a aquellos simpatizantes de la izquierda radical.

Así pues, a mediados de enero de 1919 los ánimos eran muy distintos al clima de esperanza que había dominado en los meses de octubre y noviembre de 1918. “La ruptura dentro del movimiento obrero que la revolución había mantenido hasta entonces en gran medida oculta, ahora estaba abierta a la vista de todos” ³⁷. Parte del movimiento obrero, descontenta con la “revolución a medias” efectuada por el gobierno de Ebert, iba a experimentar un violento viraje a la izquierda en los primeros meses de 1919. Por otro lado, “tampoco la continuidad en el pasado, garantizada por la pervivencia del aparato burocrático-administrativo del Imperio, fue suficiente para garantizar a la República protección en la derecha” ³⁸. La respuesta del gobierno a la situación de práctica guerra civil que se dio a comienzos de 1919 significó la rehabilitación de las viejas fuerzas militares, pues el gobierno republicano les asignó una responsabilidad fundamental en la

³⁵ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 67. Traducción propia.

³⁶ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 173.

³⁷ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 32. Traducción propia.

³⁸ COLLOTTI, Enzo, *La Alemania nazi...* Pág. 9.

represión de la izquierda radical. En cualquier caso, la lucha de estas “contra el «bolchevismo» era solo un preludio a la lucha contra la revolución en su totalidad”³⁹.

En los primeros años de la República, las fuerzas contrarrevolucionarias, como analizaré en apartado tercero, reprimieron violentamente todos los conatos revolucionarios, y para ello dispusieron del beneplácito del gobierno. Esta situación postbélica no fue exclusiva de Alemania, ya que en otros países europeos como Austria, Hungría o Finlandia, en cuya guerra civil participaron los *Freikorps* alemanes, la revolución también fue derrotada entre 1918 y 1919. “Allí [...], la fuerza del Estado, la burocracia y la violencia paramilitar resultaron, en ese escenario de crisis y cambios, más fuertes que los esfuerzos de los revolucionarios por alumbrar un mundo diferente”⁴⁰. Las esperanzas de Lenin en una “revolución mundial” podían darse por perdidas, por lo que al continente europeo concernía, a mediados de 1919.

Por lo pronto, el Consejo de Delegados del Pueblo presidido por Ebert había logrado conjurar la amenaza “bolchevique” con vistas a la celebración de las primeras elecciones libres, democráticas y con sufragio universal en Alemania, que tuvieron lugar el 19 de enero. Según lo dispuesto por la ley electoral aprobada el 29 de noviembre, las mujeres alemanas pudieron ejercer por primera vez el derecho de sufragio activo y pasivo. En los comicios de enero todavía no se reflejó la creciente radicalización, sino que se dio una cierta continuidad con los resultados electorales de 1912 (Anexo 6.1). Aquellos partidos que en 1917 habían formado el comité a favor de poner fin la guerra fueron los mismos que en 1919 obtuvieron la mayoría, y pasaron a ser conocidos como la “Coalición de Weimar” por su inequívoco compromiso con la democracia. Se trataba del SPD, el liberal DDP y el católico Zentrum. A la derecha quedaban los conservadores Partido Nacional del Pueblo Alemán (DNVP) y Partido Popular Alemán (DVP), mientras que, a la izquierda, el radicalizado USPD solo lograba una reducida representación. La Coalición de Weimar, que controlaba más de tres cuartos de los escaños en la Asamblea Nacional, fue la encargada de redactar y sancionar la nueva Constitución, la cual, por la propia composición de la Coalición, tenía que ser fruto del compromiso entre socialdemócratas y partidos burgueses.

Vistos los acontecimientos que tuvieron lugar en estos meses, ¿hasta qué punto se puede hablar de una “revolución” alemana? Fijada cronológicamente por E. Kolb entre

³⁹ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 32. Traducción propia.

⁴⁰ CASANOVA, Julián, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Crítica, Barcelona, 2020. Pág. 96.

los meses de noviembre de 1918 y enero de 1919, la primera fase de la “revolución” se caracterizó por el surgimiento, en los momentos finales de la guerra, de un extenso movimiento de masas. Partidario en un principio de poner fin a la guerra y a las privaciones derivadas de esta, rápidamente se politizó y exigió reformas profundas del orden existente, toda vez que el régimen imperial había quedado deslegitimado por la derrota. En los primeros días de noviembre, dicho movimiento halló su expresión institucional en los Consejos de Soldados y Obreros, que no tenían la aspiración de hacerse con el poder como en Rusia, sino que en gran medida colaboraron en los siguientes meses con el gobierno provisional en aras a construir un régimen democrático. Sin embargo, sus demandas de cambio social fueron desatendidas, y de ahí que “como consecuencia de la línea política defendida por la dirección del SPD, lo que en noviembre de 1918 había comenzado como un movimiento democrático popular, se tornó a comienzos de 1919 en radicalización y desilusión” ⁴¹.

La reducción del curso de los acontecimientos a una disyuntiva entre bolchevización de Alemania o estrecha colaboración con las viejas élites no refleja el margen de actuación real, más grande, del que dispusieron los socialdemócratas en el gobierno. A partir de una cita de la obra de Heinrich August Winkler *Die Sozialdemokratie und die Revolution 1918/19* (1979), Kolb lo resume de la siguiente forma: “Si los socialdemócratas no querían desatar el caos, se hacía necesaria una colaboración limitada con los representantes del antiguo régimen [...] [sin embargo], el grado de colaboración y, por consiguiente, la continuidad política y social entre la monarquía y la república, fue mayor de lo que la situación exigía. Dicho de otra forma: de haber tenido una mayor voluntad de reforma, los socialdemócratas podrían haber cambiado más cosas y haber mantenido muchas menos” ⁴².

Esta suerte de “revolución a medias” ha llevado a historiadores como Enzo Collotti a considerar que, en realidad, “no se efectuó el salto revolucionario, y que la república parlamentaria nació del equívoco compromiso entre el viejo estado mayor y la socialdemocracia” ⁴³. En la misma línea, Claude Klein afirma directamente que la revolución nunca tuvo lugar y que “el nueve de noviembre había sido, pues, un enorme espejismo” ⁴⁴. La caída del imperio habría sido, por así decirlo, el precio que los círculos

⁴¹ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 159. Traducción propia.

⁴² Ibid. Pág. 161. Traducción propia.

⁴³ COLLOTTI, Enzo, *La Alemania nazi...* Pág. 9.

⁴⁴ KLEIN, Claude, *De los espartaquistas al nazismo: la República de Weimar*, Península, Barcelona, 1970. Pág. 38.

moderados hubieron de pagar para conservar el control en un contexto revolucionario. Esta interpretación de la revolución en términos de un “compromiso” calculado o de una “revolución desde arriba” resulta sesgada, ya que la voluntad popular jugó un papel fundamental en los meses de octubre a diciembre de 1919. Es indudable que, sin la presión ejercida “desde abajo”, no habría colapsado tan estrepitosamente la monarquía de los Hohenzollern.

Autores como Detlev Peukert o Reinhard Kühnl coinciden en que, desde la perspectiva de cambio social, la revolución fue un fracaso, pues las élites dominantes conservaron importantes resortes del poder político, económico y social. Sin embargo, el primero señala que “la revolución fue solo una parte [...] de un proceso más amplio: la liquidación del orden bélico en ambos frentes, el doméstico y el externo”⁴⁵. En ese sentido, el retorno pacífico de los soldados desde el frente, la transición a una economía de paz y el mantenimiento del orden en el interior fueron logros que evitaron el estallido de una guerra civil en Alemania. Sin embargo, pocos contemporáneos supieron apreciar esta gestión exitosa por parte del gobierno surgido de la Revolución de Noviembre.

A principios de 1919 “solo el futuro podría demostrar qué había sido consecuencia de un cambio real, y qué había sido una simple concesión del momento”⁴⁶. La consolidación de los logros revolucionarios iba a depender de la voluntad política y, aspecto fundamental, de la libertad económica de que lograrse gozar la nueva república. Como analizaré en el siguiente apartado, este fue un camino lleno de obstáculos, tanto internos como externos, a los que el nuevo régimen tuvo que hacer frente.

⁴⁵ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 49. Traducción propia.

⁴⁶ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 12. Traducción propia.

3.3. CULTURAS DE VIOLENCIA EN LA ALEMANIA DE ENTREGUERRAS: REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN.

El periodo de entreguerras en Alemania estuvo indisolublemente unido a unos elevados niveles de violencia que, excepción hecha del periodo de relativa estabilización en los años 20, se mantuvieron desde 1919 hasta 1933, año en el que Hitler y el NSDAP monopolizaron la violencia en la forma de una dictadura. La violencia política contribuyó enormemente al clima de inestabilidad de los primeros años de Weimar, y fue un elemento intimidatorio recurrente del que se supo beneficiar mejor que nadie Hitler en su ascenso al poder desde 1929.

Afirma Kershaw que “la aceptación de un alto grado de violencia política era una característica distintiva de la cultura política de Alemania en el período de entreguerras”⁴⁷. Sin embargo, previamente a 1914, la sociedad alemana no se había caracterizado por unos niveles de violencia internos que la distinguieran del resto de países europeos. Las sucesivas “guerras de unificación” (*Einigungskriege*) de la segunda mitad del siglo XIX contra Dinamarca, Austria y Francia respectivamente y el establecimiento del *Reich* alemán en 1871 habían contribuido a crear un ejército unido, leal a la figura del Jefe del Estado (el Káiser) y que era el ejecutor indiscutido del monopolio de la violencia en Alemania. “Desde 1848, a diferencia del Imperio Otomano, la Rusia Imperial, la Italia “liberal” o la Tercera República Francesa, Prusia y luego la Alemania imperial había desarrollado su monopolio de la fuerza política sin cometer actos espectaculares de violencia contra sus propios habitantes”⁴⁸. La violencia del estado alemán contra sus súbditos o la violencia extrema entre civiles eran elementos ajenos a la Alemania de preguerra. Sin embargo, esta situación cambió enormemente a finales de 1918 a raíz del vacío de poder dejado por la caída del régimen imperial, la derrota en la guerra y el retorno desde el frente de millones de soldados desmovilizados y, en gran medida, armados.

La violencia que se adueñó de Alemania en la posguerra puede englobarse en un ciclo más amplio de violencia transnacional que se extendió entre los años 1917 y 1923. Superada la tradicional tesis de la “brutalización” de George L. Mosse, según la cual “la experiencia de guerra de los soldados del frente en la Primera Guerra Mundial habría sido

⁴⁷ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 247.

⁴⁸ JONES, Mark, «Alemania 1918-1919: la revolución de la violencia», *Pasado y Memoria*, nº. 15 (2006). Págs. 51-52.

la causa de los altos niveles de violencia política de la República de Weimar”⁴⁹, autores como Robert Gerwarth y Donald Bloxham han expuesto una serie más diversa de factores que ayudan a explicar el incremento en la dimensión y naturaleza de una violencia que no terminó con los armisticios de noviembre de 1918: el legado militarista de la propia Guerra Mundial, el impacto de la Revolución Rusa de 1917, como modelo a imitar o a combatir, el colapso de grandes imperios multiétnicos y la consiguiente desaparición de los referentes de autoridad estatal y, fundamental en el caso alemán, la “cultura de la derrota” imperante en los países perdedores, que hizo doblemente pesado el legado de la guerra.

La reinención de Europa Centro-Oriental, en palabras de R. Gerwarth, estuvo marcada por la quiebra de los imperios de los Habsburgo y de los Romanov y por la construcción de nuevos estados-nación a partir de las ruinas de los primeros, lo cual generó violentos choques armados con motivo de la fijación de las nuevas fronteras. Las desprotegidas minorías fueron las principales víctimas de esta violencia, ejercida contra ellas por los nuevos estados que aspiraban a la homogeneidad étnica. Esta violencia étnica tuvo especial incidencia al este del Oder, pero no tanto en un país como Alemania, cuyas fronteras, a excepción de la “frontera sangrante” (*blutende Grenze*) con el estado polaco de nueva creación, estaban definidas. La movilización ante la derrota, la revolución y la contrarrevolución fueron, por el contrario, los principales ingredientes de la violencia en Alemania en los años de posguerra.

El diplomático estadounidense George Kennan describió la Gran Guerra como la “catástrofe primigenia del siglo XX”, en el sentido de que puso fin a los idealizados *good times* previos a 1914⁵⁰. En cualquier caso, la frase de Kennan no deja de ser cierta, pues la guerra fue una auténtica catástrofe para los estados que la perdieron, e incluso aquellos que la ganaron, como Italia o Grecia, sufrieron enormemente sus consecuencias. La Primera Guerra Mundial, por su carácter de guerra total, supuso un enorme desgaste para los estados y un elevado coste en vidas para todos los países beligerantes. Hubo, sin embargo, diferencias fundamentales entre países como Francia o Gran Bretaña, cuyos gobernantes pudieron justificar tales esfuerzos bélicos ante sus poblaciones a la luz de la

⁴⁹ ALCALDE, Ángel, «La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico», *Pasado y Memoria*, nº. 15 (2006). pág. 17.

⁵⁰ KENNAN, George, *The Decline of Bismarck's European Order. Franco-Russian Relations 1875-1890*, Princeton University Press, Princeton, 1979. Pág. 3. En el original: “*I came to see World War I [...] as the great seminal catastrophe of this century, the event which [...] lay at the heart of the failure and decline of this Western civilization*”. Traducción propia.

victoria, y los países perdedores como Alemania, en los que el panorama de la derrota hacía prácticamente imposible la justificación de los sufrimientos. De ahí que, para parte del ejército y de la sociedad alemana en general, el descontento por la derrota actuase como un motivo crucial de movilización frente al orden de posguerra. Aunque la mayoría de los alemanes solo deseaban regresar a la vida civil tras años en el frente, es indudable que la guerra contribuyó a la radicalización, militarización y polarización de las fuerzas ideológicas de Alemania y constituyó una experiencia formativa tanto para la derecha como para la izquierda. En palabras de Michael Mann, la Gran Guerra “militarizó a la nación-estado y proporcionó un modelo «paramilitar» de acción social colectiva” ⁵¹. La Guerra y el vacío de poder derivado del hundimiento imperial “hizo posible que nuevos actores compitieran violentamente por el poder, en general sin esa relativa contención que había caracterizado a los conflictos sociales y económicos antes de 1914” ⁵².

La idealización de la violencia en la derecha alemana era ya apreciable desde finales del siglo XIX en los discursos de grupos nacionalistas y militaristas, como la Liga Pangermana fundada en 1891. Estos grupos, lejos de ser marginales, se habían integrado cómodamente en el *establishment* conservador del Kaiserreich y fueron en gran medida instigadores de la guerra. Sin embargo, “el derrumbe del estado en 1918 significó que el nacionalismo con tintes racistas pudiera ahora florecer de forma independiente al estatismo conservador” ⁵³. La acción, y no la palabra, iba a ser la seña de identidad de esta nueva derecha radical. La novedosa cultura de violencia que alumbró la derecha a partir de 1918 apelaba al “espíritu patriótico de 1914” y a la camaradería de los “soldados del frente” (*Frontkämpfer*) con el fin generar adhesión entre aquellos soldados descontentos con el desenlace de la guerra y que eran incapaces de abandonar la vida castrense. Las continuas alusiones a los “criminales de noviembre” (*Novemberverbrecher*), en referencia a judíos, socialistas y demócratas, perpetradores todos ellos de una supuesta “puñalada por la espalda” (*Dolchstosslegende*), o la descalificación del nuevo régimen como una “república judía” (*Judenrepublik*) legitimaron ideológicamente el uso de la violencia contra el nuevo orden. Derrotados en la guerra, estos grupos contemplaban la eliminación física del “enemigo interior” como condición indispensable para “limpiar” la nación en aras a su regeneración. De ahí que la División de Hierro, por citar a uno de estos grupos, adoptase el lema *Und Doch* (traducible

⁵¹ MANN, Michael, *Fascistas*. Pág. 48.

⁵² GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 293.

⁵³ *Ibid.* Pág. 167.

por “Y sin embargo” o “Y aun así”), que reflejaba la aspiración de lograr, a pesar de todo, una victoria en la derrota ⁵⁴. El miedo a la extensión de la revolución bolchevique, alimentado por rumores infundados o exagerados acerca del “Terror Rojo” en Rusia, fue el principal elemento que aglutinó a esta derecha radical, que por lo demás no disponía de un plan de actuación común, sino que se trataba de una derecha heterogénea y dividida.

Los principales protagonistas de la militarización de la política fueron los *Freikorps*, asociaciones de paramilitares voluntarios que surgieron en los momentos inmediatos al fin de la guerra allí donde la derrota hizo más difícil reabsorber y neutralizar la violencia bélica. Integrados por veteranos de guerra y por jóvenes románticos que idealizaban la violencia, los *Freikorps* “formaron explosivas subculturas íntegramente masculinas donde la violencia brutal era una forma aceptable, cuando no deseable, de expresión política” ⁵⁵. Compartían un odio profundo a la Revolución de Noviembre y confiaban en la llegada de un día en el que ajustarían cuentas con los “traidores” a Alemania. El recurso del gobierno provisional a los *Freikorps* como garantes del orden durante el levantamiento espartaquista de enero sentó un peligroso precedente en la aplicación de la violencia contra el adversario político, e hizo al gobierno dependiente de grupos de violentos. Para estos, los políticos más moderados como Scheidemann, Rathenau o Erzberger eran los siguientes en su lista de objetivos una vez conjurada la amenaza bolchevique.

La mayoría de historiadores coincide en que la derecha fue la principal responsable del clima de violencia en Alemania. Kershaw señala que “surgió por todo el espectro político una plétora de organizaciones paramilitares, pero sobre todo en la derecha contrarrevolucionaria” ⁵⁶. La diferencia con la izquierda radical la marcaba el hecho de que “la derecha tenía el poder, estaba bien relacionada y contaba con representantes en las principales instituciones del Estado y de la sociedad” ⁵⁷. Los partidos conservadores tradicionales, con representación en el Reichstag, nunca confiaron plenamente en el régimen republicano y con sus discursos contribuyeron a crear un clima propicio para la violencia, e incluso celebraron que grupos más radicales la usasen contra sus adversarios políticos. Además, el conservadurismo imperante en una judicatura cuya continuidad con la época imperial se había mantenido inalterada, dio a los juicios un carácter político que

⁵⁴ CABALLERO JURADO, Carlos, *The German Freikorps 1919-1923*, Osprey Publishing, Oxford, 2001. Pág. 41.

⁵⁵ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 152.

⁵⁶ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 247.

⁵⁷ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar...* Pág. 113.

implicaba condenas más duras contra los acusados de izquierdas que contra los de derechas. Esta situación fue denunciada ya en la época por el matemático Emil Julius Gumbel, posteriormente perseguido por los nazis. En su obra *Vier Jahre Politischer Mord* (*Cuatro años de asesinato político*, 1922) cifró en 376 las muertes por motivos políticos que tuvieron lugar entre 1919 y 1922. De los 22 acusados de izquierdas, diez fueron ejecutados y aquellos que no lo fueron cumplieron una media de quince años de prisión, mientras que, en el caso de los 354 acusados de derechas, no se firmó ninguna sentencia de muerte y, de media, cumplieron una pena de cuatro meses de cárcel.

Ahora bien, si “en la extrema derecha se gestó una política que idealizaba la violencia [...], a la sombra de la revolución bolchevique, la izquierda optó [también] por métodos militaristas”⁵⁸. La Revolución Rusa de 1917 sirvió de modelo para todos aquellos que aspiraban a derrocar el orden existente, pero a la vez fue motivo de rechazo y temor para las élites dominantes y los sectores reaccionarios en Europa. Como ya he indicado, las condiciones en Alemania hacían difícil el triunfo de una revolución al estilo bolchevique, una idea que no generaba especial atracción ni entre la organizada y avanzada clase obrera ni entre un campesinado que, a diferencia de Rusia, estaba compuesto de pequeños propietarios conservadores. La izquierda más radical, representada por la Liga Espartaquista (después Partido Comunista), disponía en realidad de unas bases sociales muy reducidas, pero el gobierno creyó ver en ella una potencial subversión del orden en la forma de amenaza bolchevique y se propuso reprimirla por todos los medios.

En los meses de enero a mayo de 1919, durante el periodo de radicalización de la revolución, el gobierno recurrió al empleo masivo de los *Freikorps* y del ejército para acabar por medios violentos con las huelgas, desórdenes y experimentos “soviéticos” en Alemania. “Tanto en enero de 1919 como entonces, el gobierno consideró las actividades de la izquierda política como la principal amenaza para el orden [...] Por el contrario, subestimó el peligro que suponía la amenazante «ola de derechas», en aumento desde otoño de 1919”⁵⁹. Si bien es cierto que los comunistas contribuyeron con sus levantamientos e insurrecciones a desestabilizar el orden, Weitz afirma que “nunca dispusieron de los recursos ni de los apoyos suficientes para hacerse con el poder. A pesar [...] de los temores de una buena parte de la población, Alemania no era Rusia”⁶⁰. Solo

⁵⁸ Ibid. Pág. 103.

⁵⁹ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Págs. 36-37. Traducción propia.

⁶⁰ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar...* Pág. 383.

desde finales de 1920, con la incorporación del ala izquierda del USPD al KPD, se convirtieron los comunistas en un movimiento de masas, aunque para entonces el estado ya había recuperado gran parte de sus competencias, lo que dificultaba todavía más el triunfo de una revolución.

Así pues, desde 1919 cristalizó en Alemania una constelación política en la que revolución y contrarrevolución configuraron dos polos opuestos, con sus respectivos simpatizantes y sus bases sociales, dispuestos a hacer uso de la violencia contra el adversario político y contra el régimen democrático. Como analizaré en el siguiente apartado, la república se vio sacudida desde 1919 y hasta fines de 1923 por varios golpes desde la derecha y la izquierda cuyo objetivo era imponerse mediante la violencia y acabar con el régimen que se estaba consolidando. De hecho, la violencia fue uno de los principales obstáculos que impidió el correcto desarrollo de la democracia y que privó a la joven república de algunos de sus políticos más capaces, contribuyendo así a deslegitimarla. Y, aunque se “suavizó” durante los años de relativa estabilización, la violencia resurgió de nuevo con fuerza a partir de 1929, marcó los años finales de Weimar y fue institucionalizada por Hitler, aunque con una intensidad cualitativa y cuantitativamente mayor, desde 1933.

3.4. LA REPÚBLICA EN PELIGRO: LOS AÑOS DE INESTABILIDAD.

La Asamblea Nacional, elegida democráticamente en enero de 1919, tomó la ciudad provinciana de Weimar (Turingia) como sede para sus reuniones en lugar de la capital, donde el clima de radicalización y de violencia iba en aumento desde la represión de los espartaquistas. El 11 de febrero, la Asamblea eligió a Friedrich Ebert como primer Presidente de la República y ese mismo día, Ebert encargó formar gobierno a su colega de partido, Philipp Scheidemann, con el apoyo de la mayoría parlamentaria: SPD, DDP y Zentrum (la “Coalición de Weimar”). En los meses siguientes, la Asamblea se ocupó de la discusión del proyecto constitucional, hasta su definitiva promulgación en agosto de 1919. La Constitución, a pesar de la inhibición de los socialdemócratas en su redacción, fue, sin duda, una de las más avanzadas y democráticas de su época. D. Peukert insiste en que debemos juzgar la constitución según el complejo contexto político y social en el que fue redactada y no interpretarla a la luz del desarrollo posterior de los hechos. Tanto él como Kolb señalan el carácter aperturista y de compromiso de la constitución e inciden “en el inusual potencial de innovación democrática que contenía” ⁶¹.

La Constitución establecía en Alemania una república federal parlamentaria por primera vez en su historia, cuyo primer artículo declaraba: *El Reich es una República. Toda autoridad política procede del pueblo*. El poder legislativo correspondía al Parlamento o *Reichstag*, elegido por sufragio universal y según el principio de representación proporcional. La aprobación de leyes y la continuidad del canciller electo dependían de la voluntad de la mayoría parlamentaria, que le podía retirar la confianza en cualquier momento. El poder ejecutivo recaía en el Presidente de la República o *Reichspräsident*, también elegido directamente por los ciudadanos, y que actuaba como un claro contrapeso del parlamento. El Presidente, elegido (y reelegible) cada siete años, era independiente de la mayoría parlamentaria pero intervenía directamente en la formación de gobierno, pues era a él a quien se confiaba la designación del futuro canciller. Es decir, el Presidente nombraba canciller a quien él creía que tenía más posibilidades de formar un gobierno estable teniendo en cuenta la composición del parlamento. Entre sus competencias, el Presidente podía disolver el *Reichstag* (Artículo 25), convocar un referéndum popular frente al procedimiento legislativo establecido y, además, era ámbito de su competencia el Artículo 48 de la Constitución, el cual establecía

⁶¹ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 37. Traducción propia.

que si uno de los *Länder* (estados federales) no cumplía los deberes que le imponía la Constitución, el Presidente podía declarar el estado de excepción y recurrir a la fuerza armada. Estas disposiciones revelan cierta desconfianza hacia el parlamentarismo y la política de partidos por parte de los padres de la Constitución, la mayoría liberales de izquierdas como Hugo Preuss, pues optaron por conferir amplios poderes al Presidente de la República, haciendo de él en último término una especie de “sustituto del emperador” o *Ersatzkaiser*.

Además de fijar las instituciones y mecanismos de poder del nuevo régimen, la Constitución recogía una importante serie de derechos básicos que no respondían a los intereses de un grupo social concreto, sino que “reflejaban la complejidad social e ideológica inherente a una sociedad industrial moderna y plural” ⁶², reflejo a su vez del compromiso alcanzado entre los elementos moderados del movimiento obrero (MSPD) y los sectores democráticos de la burguesía (DDP y Zentrum).

Hay historiadores que han querido ver en ciertos elementos de la Constitución como el Artículo 48, o el 25, “una amenaza potencial para las instituciones democráticas” ⁶³. Esta visión está determinada por los últimos años de la república, marcados por el recurso constante al Artículo 48, la parálisis parlamentaria y la actuación antidemocrática de Hindenburg como presidente desde 1925. Sin embargo, a mediados de 1919, en un ambiente de creciente radicalización desde la izquierda y la derecha, la Constitución suponía un considerable esfuerzo por representar a todos los sectores comprometidos con la democracia y por ampliar las bases sociales del nuevo régimen. En último término, concluye Peukert, “su éxito o fracaso iba a depender de si las fuerzas políticas en el poder estarían dispuestas a actuar conforme a la constitución o si tratarían por todos los medios de acabar con ella” ⁶⁴.

Las discusiones sobre el nuevo texto constitucional se desarrollaron dentro del contexto de creciente radicalización en Alemania, y corrieron paralelas a las negociaciones sobre la firma del tratado de paz con los Aliados. Desde enero de 1919 se venía reuniendo la Conferencia de París con el fin de acordar las condiciones de paz con los países perdedores en la guerra. Aunque en ella participaron representantes de 32 países, las decisiones fundamentales fueron tomadas por el Comité de los Cuatro, formado por el presidente Woodrow Wilson (EEUU) y los primeros ministros Georges Clemenceau

⁶² KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 20. Traducción propia.

⁶³ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 116.

⁶⁴ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 39. Traducción propia.

(Francia), David Lloyd George (Reino Unido) y Vittorio Emanuele Orlando (Italia). Debido al carácter “total” de la guerra, a los intereses divergentes de los vencedores en cuanto al nuevo orden europeo y al clima de exaltado nacionalismo y revanchismo, la Conferencia supuso un esfuerzo mayor en términos de llegar a un acuerdo entre los vencedores que en negociar en un plano de igualdad con los vencidos, como sí había ocurrido un siglo antes en el Congreso de Viena (1815). “En un sentido estricto, los vencedores impusieron un *diktat* o “dictado” (por la ausencia de negociaciones con los perdedores). Por otro lado, la actuación de los Aliados no fue tanto un arrogante ejercicio de poder como un síntoma de su oculta desunión interna”⁶⁵ : el propósito de Wilson era consolidar la preeminencia de los Estados Unidos y, secundariamente, garantizar la paz mundial mediante la creación de la Sociedad de Naciones. Francia, por su parte, vio la posibilidad, al cabo de medio siglo, de vengar la humillación de 1871 y debilitar de una vez por todas a su secular enemiga Alemania. Y en Gran Bretaña, a pesar de haber sufrido la cruel guerra submarina por parte de los alemanes, Lloyd George quería evitar un castigo excesivo de Alemania que favoreciese una hegemonía francesa en el continente.

En Alemania, a pesar de la dura experiencia del armisticio del 11 de noviembre, la confianza en el nuevo gobierno y las esperanzas en una paz justa explican el clima de optimismo que imperó durante la primera mitad de 1919. En realidad, nadie tenía certezas acerca del curso de las negociaciones de paz, pues Alemania, al igual que Turquía, Bulgaria, Hungría y Austria, había sido excluida de estas. En cualquier caso, el “tiempo de las ilusiones” terminó abruptamente el 7 de mayo cuando a la delegación alemana le fueron presentados los hechos consumados. Una oleada de indignación recorrió Alemania cuando las condiciones del tratado se dieron a conocer y todos los partidos, desde los comunistas hasta los nacionalistas más radicales, mostraron su rechazo por el contenido del mismo.

En lo referente a las disposiciones territoriales, Alemania perdía el 13% de su territorio nacional europeo (43.000 km² aprox.) y el 10% de su población (unos 6,5 millones)⁶⁶. Alsacia-Lorena era restituida a Francia, el Sarre quedaba bajo la administración de la recién creada Sociedad de Naciones, las provincias de Posen, Prusia Occidental y parte de la Alta Silesia integraban el nuevo estado polaco, y el norte de Schleswig-Holstein pasaba a dominio danés. Además, se prohibía toda unión con la Austria alemana (*Anschluss*), prohibición que contravenía el principio “wilsoniano” de autodeterminación

⁶⁵ Ibid. Pág. 43. Traducción propia.

⁶⁶ GERWARTH, Robert, *Los vencidos...* Pág. 233.

de los pueblos. Por último, Alemania era obligada a renunciar a su imperio colonial (1,6 millones de km²), que pasaba a conformar mandatos de la Sociedad de Naciones. En cuanto a las cláusulas militares, se decretaba la desmilitarización de Renania y la ocupación aliada de la orilla izquierda del Rin durante 15 años, lo que provocó el descontento de los nacionalistas franceses más radicales, deseosos de ocupar y dividir territorialmente todo el país. Además, Alemania solo tendría permitido disponer de un ejército puramente defensivo de cien mil hombres sin armamento pesado.

Sin embargo, “el meollo de la indignación de los alemanes de la época estaba en los artículos 231 y 232 del Tratado de Versalles” ⁶⁷. El artículo 231 establecía lo siguiente: *Los gobiernos aliados y asociados declaran, y Alemania reconoce, la responsabilidad de Alemania y sus aliados por haber causado todos los daños y pérdidas, a los cuales los gobiernos aliados y asociados se han visto sometidos como consecuencia de la guerra impuesta a ellos por la agresión de Alemania y sus aliados*. Dicha cláusula, que culpaba a Alemania de forma exclusiva del estallido de la guerra en 1919, trascendía lo estrictamente moral en cuanto que su propósito final era sentar las bases jurídicas para la futura reclamación de reparaciones de guerra a Alemania, contemplada en el artículo siguiente, pero cuya cuantía todavía no fue fijada.

Las protestas y modificaciones al tratado propuestas por el gobierno alemán fueron desoídas por los aliados, cuya intransigencia se reveló en la amenaza de intervenir militarmente si Alemania se demoraba en la firma del mismo. Debido a los desacuerdos internos acerca de esta cuestión, el gabinete del canciller Scheidemann se disolvió el 20 de junio, solo cuatro meses después de su constitución, y se formó uno nuevo bajo el canciller socialista Gustav Bauer, cuyos ministros de Asuntos Exteriores y de Transporte, Heinrich Müller y Johannes Bell respectivamente, firmaron finalmente el tratado el 28 de junio de 1919 en el Salón de los Espejos de Versalles.

El entusiasmo que había invadido a muchos alemanes en noviembre de 1918 se tornó en decepción y sensación de traición a mediados de 1919 como consecuencia de los términos del tratado de paz. La derecha radical y los conservadores, en sus discursos exaltados, buscaron identificar al Tratado de Versalles con la República de Weimar, como si aquel se tratase de la verdadera y aberrante constitución del nuevo régimen. Es innegable que el tratado suponía un gran obstáculo para la consolidación y legitimación de la joven democracia, sin embargo, Peukert señala que conviene hacer una distinción

⁶⁷ Ibid. Pág. 236.

entre las cargas psicológicas que Versalles imponía y sus efectos reales, los cuales eran “severos, pero soportables” ⁶⁸. El tratado no era la esperada paz justa de Wilson, pero tampoco era la “paz cartaginesa” de la que habló el economista británico Keynes en su obra *The economic consequences of the peace* (1920). En comparación con los otros países perdedores, Alemania fue tratada con relativa benevolencia en París. De hecho, Alemania seguía ocupando un extensísimo territorio en Europa Central, mantenía su estatus gran de potencia, y ante ella se abría un potencial de “expansionismo” diplomático y económico como consecuencia de la disgregación de los imperios turco y austrohúngaro y del aislamiento de la Rusia soviética. En la valoración del tratado, Peukert concluye que “la obsesión de los alemanes con el mito del «dictado vergonzoso» de Versalles los cegó a la hora de reconocer la ventaja estratégica a medio plazo que las nuevas realidades [...] les habían otorgado” ⁶⁹.

En cuanto al desarrollo político interno, estos primeros meses de 1919 se caracterizaron por la radicalización de la revolución y los esfuerzos del gobierno por consolidar su autoridad en todo el *Reich*. “La convocatoria electoral de 1919 dio por terminado el período de toma de decisiones [...], con ella la cuestión de la estructura de poder había quedado fijada. Pero las fuerzas sociales que habían alumbrado el movimiento de protesta y los Consejos no habían sido quebradas” ⁷⁰. Desde comienzos de 1919, la hasta entonces pacífica revolución alemana entró en una fase de radicalización encabezada por el ala izquierda del USPD.

A diferencia del carácter multitudinario de la Revolución de Noviembre, esta segunda fase no gozó de un amplio consenso entre la población alemana, es decir, no fue un movimiento de masas, sino que respondió a la movilización de una parte de la clase obrera, descontenta con la línea seguida por los socialdemócratas moderados. Fue ahora cuando se desarrolló por primera vez una verdadera teoría política que contraponía, por un lado, la socialización y el modelo de los consejos, y, por otro, la recién elegida Asamblea Nacional y el proyecto constitucional. A imitación de los acontecimientos en Rusia y en la vecina Hungría, donde Béla Kun había proclamado la República Soviética Húngara (marzo-agosto 1919), en la primera mitad de 1919 surgieron efímeras repúblicas soviéticas en ciudades como Bremen o Múnich. Se trató, en todos los casos, de fenómenos

⁶⁸ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 44. Traducción propia.

⁶⁹ Ibid. Pág. 46. Traducción propia.

⁷⁰ Ibid. Pág. 33. Traducción propia.

eminentemente urbanos que no lograron generar adhesiones en el medio rural y que fueron brutalmente reprimidos por el gobierno y por fuerzas locales.

El ejemplo más claro es el de Múnich. El Reino de Baviera, mayoritariamente católico y agrario, había conservado, a pesar de la unificación alemana de 1871, su dinastía gobernante (los Wittelsbach) y disfrutaba de una serie de privilegios privativos (*Reservatrechte*) en lo referente al ejército, el correo, las comunicaciones, etc. que le daban una cierta autonomía dentro del *Reich*. Pero la guerra también había pasado factura al monarca bávaro Luis III, quien perdió el favor popular y fue depuesto. El 8 de noviembre de 1918 el periodista y político socialdemócrata independiente Kurt Eisner proclamó el Estado Popular de Baviera, paralelamente a los acontecimientos revolucionarios que ocurrían en toda Alemania. Sin embargo, el nuevo ministro-presidente no logró ganarse el apoyo de unas amplias bases sociales y, en las elecciones de enero de 1919 fue claramente derrotado. El 21 de febrero, cuando se dirigía a presentar su dimisión, Eisner fue víctima de un atentado por parte del oficial del ejército Anton von Arco auf Valley. Se desató entonces una fase de radicalización y de violencia política que llevó a la proclamación de la Primera República Soviética el 7 de abril. El que había sido elegido como sucesor de Eisner, el socialdemócrata moderado Johannes Hoffmann, se vio obligado a huir de Múnich a Bamberg. El nuevo gobierno revolucionario, conformado por intelectuales libertarios como Ernst Toller, Gustav Landauer o Erich Mühsam, fue depuesto apenas cinco días después por un golpe de estado que instauró la Segunda República Soviética bajo la dirección de los comunistas de origen ruso Max Levien y Eugen Leviné. Se organizó entonces un “Ejército Rojo” y se estableció contacto con Lenin y los bolcheviques con vistas a la internacionalización de la revolución.

Entretanto, el legítimo ministro-presidente Hoffman, exiliado en Bamberg, pidió ayuda al ministro de Defensa Gustav Noske y este ordenó a un enorme contingente de tropas regulares y de *Freikorps* marchar sobre Múnich. Entre los líderes de estos últimos cabe destacar al militar Franz Ritter von Epp, un claro ejemplo de la continuidad de la violencia: participante en 1904 en el genocidio contra los herero en la colonia alemana de África del Suroeste y combatiente en el Ejército Bávaro durante la Gran Guerra, Epp fue uno de los “padres” de los *Freikorps* en la posguerra y, bajo los nazis, gobernador del Reich (*Reichsstatthalter*) en Baviera ⁷¹. De hecho, el *Freikorps Epp* sirvió de toma de

⁷¹ Bayerische Landesbibliothek Online, *Epp, Franz Ritter v.*

contacto para aquellos de sus miembros que, años después, fueron destacados líderes nazis, como Rudolf Hess, Ernst Röhm o los hermanos Strasser.

En Baviera, ante la potente ofensiva contrarrevolucionaria, el inexperto Ejército Rojo se desmoronó y la república de consejos bávara fue ahogada en sangre: más de 600 personas fueron asesinadas a comienzos de mayo de 1919, la mayoría extrajudicialmente por los Freikorps. Este esquema represivo de colaboración entre Freikorps y Ejército se repitió contra todas las insurrecciones de la izquierda, de tal forma que “en la primera mitad del año 1919, los núcleos del movimiento revolucionario fueron aplastados, uno tras otro, en todas las regiones del Imperio Alemán” ⁷².

Lo que más llama la atención del caso bávaro es que una ciudad pacífica y mayoritariamente conservadora como Múnich, que además no había sufrido de primera mano la destrucción de la guerra, atravesó en la primera mitad de 1919 un intensísimo proceso revolucionario y la brutal represión que siguió a este. Estos violentos acontecimientos dejaron una huella profunda en la población bávara, plasmada en una polarización política de claro signo anticomunista: “Baviera [...] se convirtió en los años siguientes en un bastión de la derecha conservadora y en un imán para los extremistas de derechas de toda Alemania” ⁷³. No es casualidad, por tanto, que Baviera fuera la cuna del NSDAP de Adolf Hitler y el escenario del *putsch* de Múnich cuatro años después.

La brutalidad con la que fue reprimida esta segunda fase de la revolución implicó la muerte de algunos de los líderes revolucionarios más destacados: Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht (ambos asesinados 15 de enero), Leo Jogiches (sucesor de los anteriores al frente del KPD, asesinado el 10 de marzo), Kurt Eisner (asesinado el 21 de febrero) o Eugen Leviné (fusilado el 5 de junio). También cabe mencionar en esta lista a Hugo Haase, destacado pacifista y abogado defensor de personalidades de la izquierda como Luxemburgo o Liebknecht, que fue asesinado el 7 de noviembre de 1919. Otros, como Ernst Toller, fueron encarcelados. Así pues, en la segunda mitad de 1919, la izquierda radical, agotada temporalmente su capacidad de actuación, no protagonizó ninguna nueva insurrección contra el orden republicano.

Paralelamente, desde otoño de 1919 la contrarrevolución ganó en confianza y en unidad, y desde círculos conservadores se planteó la posibilidad no ya de reprimir los conatos de la izquierda, sino de derribar directamente la República. Ese fue el propósito del *putsch* (golpe) de Kapp-Lüttwitz el 13 de marzo de 1920. Orquestado por círculos

⁷² KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 29.

⁷³ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 179.

derechistas en torno al general Ludendorff, la cabeza visible del golpe era Wolfgang Kapp, fundador del nacionalista “Partido de la Patria” (*Vaterlandspartei*). Contó con el apoyo militar del general Lüttwitz, “padre de los Freikorps” ⁷⁴, y especialmente de la paramilitar Brigada Erhardt, cuyos miembros veían su existencia amenazada por las disposiciones del Tratado de Versalles encaminadas a reducir el tamaño del ejército alemán. El Ejército, que hasta el momento había colaborado en todas las operaciones de represión de la izquierda, quedó a la expectativa ante el golpe, ahora efectuado desde la derecha. El general Hans von Seeckt, jefe del Estado Mayor, pronunció la famosa frase “*Reichswehr schießt nicht auf Reichswehr*” (“El Ejército no dispara contra el Ejército”), que revelaba la pasividad y la simpatía “neutra” del Ejército por el golpe. El Ejército, leal al concepto tradicional del Estado, no se sumó a los golpistas, pero tampoco reprimió a sus compañeros de armas, los *Freikorps*. Antes de que estos ocupasen el centro de Berlín y Kapp fuese proclamado canciller, el presidente Ebert y el gabinete de gobierno, abandonados por las fuerzas armadas, se vieron obligados a huir, primero a Dresde, y desde allí a Stuttgart.

En este contexto crítico, la República fue salvada por una convocatoria de huelga general realizada por los sindicatos que paralizó al país. El 17 de marzo, cuatro días después del golpe, Kapp y sus seguidores se vieron obligados a huir al extranjero. Solo en Bayern tuvo su eco el golpe, pues allí el ministro-presidente Hoffmann fue forzado a dimitir y fue sustituido por el conservador Gustav von Kahr. Entre tanto, el gobierno legítimo pudo regresar a Berlín, pero no hizo caso a la demanda popular de depurar el Ejército con motivo de su actitud pasiva durante el golpe. La única consecuencia política fue la salida de Noske como ministro de Defensa. Ante esta situación, muchos de los huelguistas tomaron las armas y formaron “unidades de autodefensa” (*Selbstschutzeinheiten*) en las regiones de Sajonia, Turingia y en la cuenca industrial del Ruhr, donde se hizo con el control el llamado “Ejército Rojo del Ruhr” (*Rote Ruhrarmee*). Para reprimir los desórdenes, el gobierno decretó el Artículo 48 y recurrió nuevamente a los *Freikorps* y al Ejército, restituyendo de ese modo a los grupos de militares que habían apoyado (activa o pasivamente) el golpe de Kapp y reprimiendo a los obreros que, en un principio, se habían movilizado a favor de la República.

Llegados a este punto, resulta significativo analizar la cambiante actitud del Ejército alemán ante el *putsch* de Kapp, por un lado, y ante la subsiguiente represión del

⁷⁴ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 38. Traducción propia.

movimiento obrero en las regiones de Alemania Central, por otro. Como ya he indicado, la colaboración entre Ebert y Groener en los primeros días de noviembre garantizó la continuidad del cuerpo de oficiales, monárquico y conservador, en aras a garantizar una transición armoniosa de la guerra a la paz. Sin embargo, “para la cúpula militar dirigente, la Revolución de noviembre y la República democrática constituían una de las mayores vergüenzas nacionales, [...] la otra era la derrota militar y el Tratado de Versalles” ⁷⁵. Militares como Ludendorff conspiraron constantemente contra el nuevo régimen y se encargaron de relacionar convenientemente ambas “vergüenzas” mediante la difusión de rumores como la leyenda de la “puñalada por la espalda” (*Dolchstoßlegende*).

Bajo el liderazgo más pragmático del nuevo jefe del Alto Mando, el general Hans von Seeckt, el Ejército evolucionó hacia un “Estado dentro del Estado” ⁷⁶. Seeckt era consciente de los amplios apoyos de que disponía en la práctica el régimen republicano, como había demostrado la multitudinaria adhesión a la huelga general en marzo de 1920, por lo que su estrategia no era la de dar un golpe, sino mantener al ejército unido, alejado en la medida de lo posible del control parlamentario y aguardar tiempos mejores. Durante la República, el Ejército constituyó una entidad prácticamente autónoma del control civil, además de que “no tenía la menor intención de acatar los términos del tratado de paz” ⁷⁷. De hecho, durante los años veinte, el *Reichswehr* eludió constantemente el Tratado de Versalles: la colaboración militar con la URSS y la existencia de fuerzas paramilitares de reserva, conocidas como *Schwarze Reichswehr* o “Reichswehr Negro”, contravenían claramente las limitaciones impuestas por Versalles. La amplia autonomía profesional de que disfrutaba el Ejército ha llevado a algunos autores al extremo de afirmar que “los políticos de Weimar no dirigieron el monopolio del poder militar en Alemania” ⁷⁸, una situación derivada en gran medida de la falta de una depuración concienzuda de los elementos adversos a la República dentro de la oficialidad.

En junio de 1920 tuvieron lugar las primeras elecciones al *Reichstag* republicano. Las elecciones supusieron un desastre para la “Coalición de Weimar”, que perdió una mayoría parlamentaria que ya nunca iba a recuperar (pasó de controlar 331 de 423 escaños a solo 205 de 459). Por otro lado, los partidos de la oposición experimentaron un notable incremento en sus resultados electorales (Anexo 6.1). Así pues, ya en 1920 se estaba

⁷⁵ KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 77.

⁷⁶ Ibid. Pág. 85.

⁷⁷ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 134.

⁷⁸ MANN, Michael, *Fascistas*. Págs. 169-170.

manifestando uno de los mayores problemas que iba a acompañar a la República durante toda su existencia: la cuestión de la gobernabilidad política. Algunos autores lo han achacado al sistema de representación proporcional, que permitía a partidos pequeños tener presencia en el Reichstag, dificultando así la formación de gobiernos estables; otros, como Michael Mann, han incidido en el hecho de que los antiguos partidos cargaban con un legado autoritarista, heredero de tiempos del imperio, por lo que no estaban acostumbrados a practicar una política consensuada. Hay que tener en cuenta, además, que aquellos partidos de reciente creación como el KPD, que obtuvo 4 escaños en 1920, o el NSDAP, que obtendría 32 escaños en las siguientes elecciones en 1924, tendían hacia los extremos y eran claramente contrarios a la democracia.

En el frente interior, los años 1921 y 1922 se caracterizaron por la persistencia de la violencia política y por la cuestión de las reparaciones, que fueron finalmente fijadas en 132 mil millones de marcos oro según la “Agenda de Pagos” de Londres, aprobada en mayo de 1921. Gerwarth afirma que los economistas alemanes estaban plenamente convencidos de que era posible hacer frente a estos pagos, aunque jamás lo habrían admitido en público. De hecho, la estrategia alemana durante los dos años siguientes, conocida como *Erfüllungspolitik* o “política de satisfacción”, tuvo como fin demostrar la incapacidad del país para satisfacer las reparaciones, aunque para ello el gobierno evitaba acometer la necesaria reforma monetaria que hubiera permitido a los Aliados conocer la verdadera situación económica que atravesaba Alemania. Estrechamente vinculada a la *Erfüllungspolitik* estuvo la figura de Walther Rathenau, empresario y político liberal que ocupó el ministerio de Asuntos Exteriores en el gabinete del canciller Wirth (Anexo 6.2).

Por lo que respecta a la violencia política, el potencial revolucionario y contrarrevolucionario atravesó entre 1920 y 1923 por dos procesos desiguales, según Peukert: por un lado, la extrema izquierda “se convirtió en marginal, si bien su retirada de la escena política estuvo salpicada de intentos puntuales por parte de los comunistas de dar un golpe”. En 1921, los trabajadores de las regiones industriales de Halle, Leuna y Merseburg protagonizaron una insurrección liderada por el KPD y conocida como la “Acción de Marzo” que fue reprimida por el gobierno. En 1923, los comunistas protagonizaron nuevamente insurrecciones (“El Octubre Alemán”), sofocadas también por el gobierno, que analizaré en el siguiente apartado.

Por otro lado, “el movimiento contrarrevolucionario en la derecha [...] trasladó su atención a lograr adhesiones en el espacio difuso donde el terrorismo clandestino se

transformaba en subversión política”⁷⁹. En un análisis de la “topografía política”⁸⁰ de la heterogénea ultraderecha alemana de aquellos años, Peukert distingue hasta tres actores: en primer lugar las asociaciones patrióticas (*völkisch*) de carácter legal, en segundo lugar aquellos cuerpos contrarrevolucionarios relativamente autónomos (por ejemplo el Ejército) y, por último, los grupos terroristas clandestinos. Estos eran en su mayoría sucesores de los *Freikorps*, que habían sido teóricamente disueltos tras el *putsch* de Kapp. El ejemplo más notorio es el de la “Organización Cónsul”, dirigida por Hermann Erhardt, capitán del *Freikorps* homónimo que participó en el golpe contra el gobierno en marzo de 1920. Sus víctimas más destacadas fueron Matthias Erzberger, asesinado el 26 de agosto de 1921, y el ya mencionado Walther Rathenau, asesinado el 24 de junio de 1922. Para la derecha radical, ambos personificaban las características clásicas atribuidas a los “traidores de Noviembre”: el primero, Ministro de Finanzas durante 1919 y 1920, había sido un destacado partidario de la paz durante la Gran Guerra y uno de los firmantes del armisticio de noviembre, mientras que el segundo era de origen judío y de ideología liberal, así como el principal defensor de la *Erfüllungspolitik*.

El gobierno reaccionó a estos atentados con la aprobación de la Ley para la Defensa de la República el 21 de julio de 1922 y con la creación de un Tribunal Especial. Este nuevo marco jurídico preveía duras penas para aquellos que atentasen contra figuras políticas y prohibía las asociaciones contrarias al orden constitucional. Sin embargo, “el conservadurismo imperante en la judicatura y la burocracia convirtió la ley en papel mojado”⁸¹. Como ya he indicado, el sistema judicial de época guillermina se mantuvo intacto, y, al igual que el ejército, operó de una forma autónoma y, en gran medida, arbitraria. De ahí que, “en los numerosos juicios políticos, los jueces se alinearon en una proporción abrumadora con los acusados de derechas [...] y arremetieron gustosos contra los izquierdistas”⁸².

En el plano de la política exterior, Alemania continuaba sometida a presión por parte de las potencias aliadas, especialmente Francia, así como aislada internacionalmente. A pesar de esta situación adversa, logró romper dicho aislamiento mediante la primera actuación de peso de la diplomacia alemana desde noviembre de 1918: la firma del Tratado de Rapallo con la URSS en abril de 1922. En virtud del mismo, ambos países

⁷⁹ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 73. Traducción propia.

⁸⁰ Ibid. Pág. 73. Traducción propia.

⁸¹ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar...* Pág. 123.

⁸² EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 172.

retomaban las relaciones diplomáticas rotas desde 1914, renunciaban a cualquier exigencia de reparaciones de guerra y estrechaban la cooperación económica. Además, una cláusula secreta del tratado permitía al Ejército alemán entrenarse en suelo ruso y construir allí el armamento pesado que le prohibía el Tratado de Versalles. En su valoración del Tratado de Rapallo, Kolb señala que no se trataba necesariamente de una estrategia revanchista por parte de Alemania y Rusia, ambas perdedoras y aisladas tras la guerra, ni tampoco de un precedente directo del plan germano-soviético de repartirse Polonia. Más bien, el tratado consistía en un intento sincero por parte de Alemania en erigirse como mediador en las relaciones entre la Rusia soviética y las potencias occidentales y, de esa forma, recuperar parte del prestigio internacional perdido. En cualquier caso, los acontecimientos de 1923 iban a demostrar hasta qué punto la derrota en la guerra seguía pesando sobre la posición internacional de Alemania en Europa .

3.5. 1923: LA CULMINACIÓN DE LA CRISIS.

El año de 1923 supuso para la República de Weimar la culminación de aquellos procesos que, derivados de la guerra o con un origen en ella, habían ido ganando en intensidad desde los primeros meses de su existencia: la violencia política revolucionaria y contrarrevolucionaria, la (hiper)inflación económica y la hostilidad en el plano internacional, especialmente con Francia.

Tras los asesinatos de Erzberger y Rathenau y con la elección del canciller Wilhelm Cuno en noviembre de 1922 (Anexo 6.2), Alemania se distanció de la línea de la *Erfüllungspolitik* practicada desde 1921. El consiguiente retraso en el envío de las cantidades estipuladas de madera y carbón como parte del pago de las reparaciones a finales de 1922 fue visto por el primer ministro francés Poincaré como la oportunidad para hacer realidad las ambiciones nacionalistas francesas que se habían visto frustradas por el tratado de Versalles. Esta actitud demuestra, como señala Peukert, que “en la práctica, todos los países eran revisionistas, tanto los vencedores como los perdedores”⁸³. Con el pretexto de garantizar los envíos de materias primas, Poincaré ordenó la ocupación de la región industrial del Ruhr (en el corazón de Renania-Westfalia) por tropas francesas y belgas el 9 de enero de 1923. La respuesta del gobierno alemán ante la ocupación fue la “resistencia pasiva” (*passiver Widerstand*), consistente en la paralización de toda actividad laboral en el Ruhr con el fin de forzar la retirada de los franceses. Sin embargo, esta estrategia requería de un enorme esfuerzo financiero a fondo perdido, pues el gobierno alemán tenía que hacerse cargo del pago de los salarios de una de las regiones más densamente pobladas del país. Para ello, el gobierno recurrió a la impresión desmedida de billetes, lo que agravó enormemente la inflación. “(En 1923) en Alemania los precios habían llegado a ser un billón de veces superiores a los de antes de la guerra, algo que ha entrado a los anales de la historia económica como la mayor inflación de todos los tiempos”⁸⁴.

¿Cómo se llegó a esta situación económica tan crítica? De nuevo, el origen del problema se encontraba en la Gran Guerra. Peukert distingue tres fases en la tendencia inflacionaria que surcó la década 1914-1924: en un primer lugar, la “inflación de guerra” (1914-1918), motivada por los préstamos y el incremento del dinero en circulación destinados a financiar los enormes gastos bélicos. Este déficit financiero sería

⁸³ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 55 Traducción propia.

⁸⁴ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 145.

compensado, pensaban el Káiser y las élites dirigentes, cuando Alemania venciese en la guerra y se anexionase multitud de territorios, pero la derrota truncó estas expectativas. A esta se sumó la “inflación de la desmovilización” (1919-1921), derivada de una política de “dinero barato” que inundó de crédito a la Alemania de posguerra y favoreció la transición a la paz a corto plazo, pero dejó sin resolver los problemas latentes de la guerra. Finalmente, culminó en la “hiperinflación catastrófica” (1922-1923), que arrastró los problemas heredados de los años anteriores y se vio agudizada por la estrategia de la *Erfüllungspolitik* y por la política de resistencia pasiva en el Ruhr.

Así pues, a lo largo de 1923 el marco alemán perdió todo su valor. Si en vísperas de la Primera Guerra Mundial un dólar se pagaba a 4,2 marcos, a comienzos de 1923 la proporción se situaba en 1:20.000, en septiembre rozaba el 1:100.000.000 y a mediados de noviembre, cuando llegó a su cénit, alcanzaba el 1:4.200.000.000.000 ⁸⁵ (Anexo 6.3). Mientras especuladores y estraperlistas se aprovechaban de la situación, para la mayoría de la población las consecuencias de la hiperinflación eran desastrosas. Valores tradicionales como el ahorro, la solidez financiera o la capacidad de previsión fueron destrozados por la inflación, que “se convirtió en un trauma cuya influencia afectó a la conducta de los alemanes de todas las clases durante mucho tiempo” ⁸⁶.

No resulta extraño que en este clima de descontento generalizado se agudizase la radicalización en ambos extremos del espectro político. En la extrema izquierda, el KPD, asesorado por la Komintern, planeó un “octubre alemán” en las regiones de Sajonia y Turingia con la organización de “centurias proletarias” armadas (*Proletarische Hundertschaften*). La reacción del gobierno ante la amenaza comunista fue inmediata: a finales de octubre, Ebert declaró la *Reichsexekution* contra Sajonia y Turingia acogiéndose al artículo 48 de la Constitución, lo que le permitía emplear la fuerza militar contra un estado federal “rebelde”. Finalmente, el “octubre alemán” quedó reducido a una acción revolucionaria aislada en Hamburgo entre el 24 y el 26 de octubre, en la que participó el futuro líder del KPD Ernst Thälmann, y que fue reprimida por la policía. A finales de 1923, la lucha por el carácter social de la república quedaba zanjada y el potencial revolucionario del KPD quedaba seriamente reducido.

El golpe por la derecha vino desde Bayern, que, en palabras de Kolb, “desde 1920 se había convertido en un «El Dorado» para las organizaciones de extrema derecha” ⁸⁷. El

⁸⁵ KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*. Pág. 288.

⁸⁶ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 148.

⁸⁷ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 40. Traducción propia..

Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, fundado en febrero de 1920, era una de ellas. Volviendo al análisis de Peukert sobre la derecha alemana, “fue en la zona gris entre la extrema derecha del *establishment* y la retórica revolucionaria propia del resentimiento nacionalista donde el NSDAP de Adolf Hitler comenzó a labrarse un nombre” ⁸⁸. Amparado por el régimen semi dictatorial de von Kahr en Baviera y bajo el patronazgo de figuras como Ludendorff, el NSDAP fue creciendo y Hitler se convirtió en su líder indiscutido. A la altura de 1923, Hitler era, en cualquier caso, un completo desconocido más allá de Múnich. Eugenio Xammar, corresponsal en Alemania del diario *La Veu de Catalunya*, decía de él en octubre de 1923: “La burocracia bávara, que es una fuerza como un templo, lo tiene por un analfabeto (y, si no lo es, poco le falta). Los militares le dejan hacer para que les saque las castañas del fuego. Cuando von Kahr se canse, quizá ya no se llevará la dictadura, y Hitler deberá retirarse de la política. Afortunadamente, es un hombre que tiene un oficio. Antes de ser personaje era enjalbegador” ⁸⁹. A imitación de la marcha de Mussolini sobre Roma un año antes, y en un contexto de nacionalismo exacerbado por la ocupación francesa del Ruhr, Hitler y Ludendorff planearon un golpe o *putsch* para el 9 de noviembre de 1923 en nombre de la “revolución nacional” cuyo objetivo era instaurar una dictadura. Limitado a unos apoyos reducidos, el golpe fracasó tras un enfrentamiento con la policía bávara en las calles de Múnich. Hitler fue detenido, juzgado y encarcelado y el NSDAP prohibido en todo el Reich. La actuación del gobierno de Stresemann contra la insurrección en Bayern, más laxa que la *Reichsexekution* dictada contra Sajonia y Turingia, llevó al SPD, en señal de protesta, a abandonar la “gran coalición” de gobierno pactada tres meses antes (Anexo 6.2).

Apenas una semana después del fallido *putsch* de Múnich, el canciller Stresemann (Anexo 6.2) ponía fin a la “resistencia pasiva” en el Ruhr y daba por concluida la estrategia obstruccionista de la *Erfüllungspolitik* al acometer la necesaria reforma monetaria frente a la inflación. El 15 de noviembre se introducía el *Rentenmark*, respaldado por bienes inmuebles agrícolas, industriales, etc. que no se habían visto afectados por la inflación, y se restablecía la equivalencia de tiempos de preguerra: 1 dólar equivaldría a 4,2 *Rentenmark*. La inflación se frenó y, ahora sí, los aliados pudieron fijar unas condiciones realistas para el pago de las reparaciones, que se plasmaron en el plan

⁸⁸ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 77. Traducción propia.

⁸⁹ XAMMAR, Eugenio. *El huevo de la serpiente. Crónicas desde Alemania (1922-1924)*, Acantilado, Barcelona, 2005. Pág. 169.

Dawes de 1924. Por su parte, Francia se comprometía a retirarse del Ruhr en el plazo de dos años. En el contexto internacional, concluye Peukert, “la crisis de 1923 fue necesaria para convencer a ambas partes, tanto vencedores como vencidos, de la necesidad de afrontar el acuerdo de Versalles. [...] En cierto sentido, la guerra mundial de 1914-1918 no terminó hasta 1923”⁹⁰. Con ese año se cerraba, finalmente, el período posbélico de la Alemania de entreguerras.

⁹⁰ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 61. Traducción propia.

4. CONCLUSIONES:

A finales de 1923, la joven república alemana proclamada en noviembre de 1918 inauguraba una fase de relativa estabilidad: había frenado la inflación mediante una eficaz reforma monetaria; los golpes de estado violentos, tanto de la derecha como de la izquierda, habían fracasado en sus intentos, y la hasta entonces adversa situación diplomática parecía entrar en una fase de distensión.

El año de 1923, como señala Gerwarth en el epílogo de *Los vencidos*, puso fin a un ciclo de violencia que se había desatado en Europa en agosto de 1914 y que se había radicalizado e ideologizado a resultas de la Revolución Rusa de 1917. Traverso se basa en una horquilla cronológica similar cuando habla de la guerra civil europea de 1914-1945: “Enmarcada por dos guerras totales, la guerra civil europea está compuesta [...] por una multitud de guerras civiles locales. Podría reagrupárselas en tres momentos mayores. En primer lugar, el período que se abre con la Revolución rusa de 1917 y llega a su fin a comienzos de los años 20 (simbólicamente, con la revolución abortada de Hamburgo, en octubre de 1923), durante el cual una guerra entre Estados desemboca en revoluciones y guerras en diversos países de Europa Central y Oriental”⁹¹. En Alemania, la “guerra civil europea” de aquellos años se manifestó en la forma de una profunda polarización política y de una legitimación de la violencia que hundían sus raíces en la brutalidad de la guerra y el trauma de la derrota.

Las esperanzas de los revolucionarios alemanes por establecer un orden alternativo se vieron truncadas por poderosas fuerzas contrarrevolucionarias, cuyo brazo armado, los paramilitares surgidos en el contexto de derrota y quiebra del estado, actuaron con la connivencia de la justicia, del ejército y de parte de la burocracia heredados del antiguo *Reich*. De igual manera, en el resto de la “Europa de entreguerras” los movimientos revolucionarios fueron violentamente aplastados entre 1918 y 1919. Ahora bien, si se adopta la perspectiva histórica comparada y se inserta la situación posbélica alemana dentro del desarrollo general europeo, entonces puede obtenerse un juicio más favorable: en Hungría, tras la represión de la efímera república socialista de Béla Kun, se estableció la primera dictadura europea de ultraderecha en 1920 en la regencia del almirante Horthy, mientras que en Italia, la marcha de los fascistas sobre Roma, sumada a la complicidad del rey, del ejército y de las elites conservadoras, aupaba a Mussolini al poder en 1922.

⁹¹ TRAVERSO, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2009. Pág. 46.

Frente al avance de soluciones autoritarias, los convulsos años iniciales de la República de Weimar parecían dar paso a una fase de relativa estabilización social, política y económica. A la altura de 1923, a pesar de las limitaciones políticas que había puesto de manifiesto la Gran Coalición de Stresemann, “el espacio político del centro aún lo ocupaba gente y partidos comprometidos con la [...] democracia, con la reforma social, con la libertad cultural y con oportunidades económicas para todos” ⁹². Además, algunos logros revolucionarios de los primeros momentos habían logrado afianzarse: “el movimiento obrero [...] había conseguido consolidar un Estado democrático y parlamentario con amplios derechos políticos y sociales” ⁹³. Gracias a la república se profundizó y se amplió el concepto de ciudadanía, y la política se convirtió en un auténtico fenómeno de masas del que participaban democráticamente tanto los hombres como las mujeres alemanas. En esa línea social e integradora, una de las principales actuaciones de la República fue encaminada a crear un amplio sistema de seguridad social. Probablemente fuese este el logro más importante y legitimador de Weimar, según Evans ⁹⁴. Por otro lado, en el plano de lo cultural “la Revolución y el advenimiento de la República fueron el pistoletazo de salida de uno de los más importantes periodos de creatividad artística e intelectual del siglo XX” ⁹⁵, en el que destacaron figuras como Bertolt Brecht, Thomas Mann, Martin Heidegger, Albert Einstein, Fritz Lang o Paul Klee. “Probablemente, durante aquel decenio, ningún otro país aparte de Alemania [...] disfrutaba de semejante libertad de expresión” ⁹⁶. El exilio o la persecución de estos mismos artistas e intelectuales apenas diez años después lleva a Peter Gay a afirmar lo siguiente: “En contraste con su historia cultural, la historia política de la República de Weimar es algo descorazonador, pero es idílica comparada con lo que siguió: una historia de degradación, corrupción, la supresión de toda fuerza viva de la cultura, de mentiras sistemáticas, intimidación y asesinato político seguido del crimen en masa organizado” ⁹⁷. Si se compara con la sociedad excluyente y racista que fomentó Hitler, Weimar también destaca por la igualdad de oportunidades para aquellos que fueron brutalmente perseguidos años después, especialmente los judíos: “Después de la guerra, el acceso de

⁹² EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 108.

⁹³ KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 32.

⁹⁴ EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich...* Pág. 177.

⁹⁵ WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar...* Pág. 55.

⁹⁶ Ibid. Pág. 102.

⁹⁷ GAY, Peter, *La cultura di Weimar*, Edizioni Dedalo, Bari, 2002. Pág. 241. Traducción propia.

judíos a puestos como los de la enseñanza universitaria llegó a ser más fácil en la Alemania de Weimar que en los Estados Unidos de Harding y Coolidge”⁹⁸.

Así pues, “como resultado de la primera fase de la República de Weimar, se produjo la consolidación de un compromiso que establecía de forma provisional un equilibrio extremadamente precario”⁹⁹. Al igual que Kühnl, también Kolb apunta a la “fragilidad del suelo” sobre el que se apoyaban aquellos individuos comprometidos con la consolidación de la democracia¹⁰⁰. El año de 1923 había traído consigo la crisis más dura para la república pero, afirma Peukert, por ese mismo motivo la dotaba de un nuevo punto de partida para una más firme consolidación una vez superada aquella. En ese clima de distensión se desplegaba un potencial democrático cuya expansión “iba a depender del grado de voluntad de los alemanes por abrazar políticas realistas, de moderación y de compromiso social, así como del grado de libertad económica disponible para que tales políticas pudiesen tener éxito”¹⁰¹.

Esta libertad económica, estimulada por la llegada de créditos norteamericanos desde 1924, fue fundamental en la recuperación de Alemania durante la estabilización de los años 20, pero se vio truncada como consecuencia del *crack* de 1929. A partir de entonces, el camino al colapso económico y político se precipitó, si bien el destino final de Weimar no estaba en absoluto determinado. La legitimidad de la república, socavada por los intentos infructuosos de establecer una salida autoritaria a la crisis, se vio cada vez más reducida y el electorado alemán se inclinó por los extremos: en las elecciones de julio de 1932 casi catorce millones de alemanes dieron su voto al NSDAP, y más de cinco millones se lo dieron al KPD. “En estas circunstancias, aunque sólo a finales de 1932, los elementos dominantes de [...] la élite alemana llegaron a aceptar finalmente, en muchos casos con reticencias, que la solución tenía que incluir a Hitler y al Partido Nazi”¹⁰².

En cualquier caso, esta situación era impredecible diez años antes, precisamente cuando la joven república entraba progresivamente en una fase de estabilización interna. Mientras autores como Claude Klein afirman que en 1923 el régimen ya estaba “emplazado” al fracaso y hablan del período de 1924 a 1929 como una fase de “seudoestabilidad” previa al ascenso del nazismo, autores como Kolb o Peukert señalan lo contrario. En palabras de este último, a la altura de 1923 “la República de Weimar

⁹⁸ PAXTON, Robert O., *Anatomía del fascismo*, Capitán Swing, Madrid, 2019. Pág. 137.

⁹⁹ KÜHNEL, Reinhard, *La república de Weimar...* Pág. 35.

¹⁰⁰ KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*. Pág. 54. Traducción propia.

¹⁰¹ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 76-77. Traducción propia.

¹⁰² KERSHAW, Ian, “El Estado Nazi: ¿Un Estado excepcional?”, *Zona Abierta*, nº. 53 (1989). Pág. 134.

experimentó una *Stunde Null*, el equivalente de la «hora cero» de 1945”¹⁰³. Retomando la tesis que me propuse defender en la introducción, y según lo que he expuesto en este TFG, resulta evidente que, a principios de 1924, la República de Weimar había logrado hacer frente a los retos inherentes a todas aquellas nuevas repúblicas que habían surgido en el contexto de quiebra de los imperios en 1918, es decir, a una desastrosa situación económica, a amenazas revolucionarias y contrarrevolucionarias, a un enorme vacío de poder acompañado de crisis de legitimidad y a un contexto internacional adverso. El futuro de Weimar quedaba entonces, en términos políticos, sociales y económicos, abierto.

¹⁰³ PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic...* Pág. 193. Traducción propia. *Stunde Null*, en el original.

5. BIBLIOGRAFÍA:

BLOXHAM, Donald y GERWARTH, Robert (eds.), *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 2011.

BRACHER, Dietrich Karl, *Die Auflösung der Weimarer Republik*, Ring Verlag, Stuttgart-Düsseldorf, 1955.

CASANOVA, Julián, *Europa contra Europa. 1914-1945*, Crítica, Barcelona, 2011.

-, *Una violencia indómita. El siglo XX europeo*, Crítica, Barcelona, 2020.

COLLOTTI, Enzo, *La Alemania nazi. Desde la República de Weimar hasta la caída del Reich hitleriano*, Alianza, Madrid, 1972.

EVANS, Richard J., *La llegada del Tercer Reich. El ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2005.

GAY, Peter, *La cultura di Weimar*, Edizioni Dedalo, Bari, 2002.

GERWARTH, Robert, *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra no concluyó del todo (1917-1923)*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2017.

- y HORNE, John, *War in peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

-, *November 1918. The German Revolution*, Oxford University Press, Oxford, 2020.

KERSHAW, Ian, *Hitler. 1889-1936*, Península, Barcelona, 2004.

KLEIN, Claude, *De los espartaquistas al nazismo: la República de Weimar*, Península, Barcelona, 1970.

KOLB, Eberhard, *Die Weimarer Republik*, Oldenbourg Verlag, München, 1984.

KÜHNL, Reinhard, *La república de Weimar: establecimiento, estructuras y destrucción de una democracia*, Alfons el Magnànim, Valencia, 1991.

MAI, Gunther, *Die Weimarer Republik*, C.H. Beck, Múnich, 2009.

MANN, Michael, *Fascistas*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2006.

MAZOWER, Mark, *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Ediciones B, Barcelona, 2001.

MOMMSEN, Hans, *The Rise and Fall of Weimar Democracy*, The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 2007.

PEUKERT, Detlev J.K., *The Weimar Republic. The Crisis of Classical Modernity*, Hill and Wang, Nueva York, 1992.

TRAVERSO, Enzo, *A sangre y fuego. De la guerra civil europea (1914-1945)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2009.

WEITZ, Eric D., *La Alemania de Weimar. Presagio y tragedia*, Turner, Madrid, 2009.